SOL

Escribe: FRANCISCO DE P. RENDON

A RICARDO OLANO

Doña Dolores, aquella señora alta, enjuta, amarillenta, no se cansaba de lamentar su viudez, la vida llevada a pujos, la miseria y el hambre, en trabajar como una negra, ella, criada en tanta delicadeza; y Pedrito, el difunto y siempre recordado esposo, que no la dejaba mover una paja, que la mantuvo siempre como oro en polvo, ahora sola, sin apoyo en la vida y con tres hijas! Elena, la mayor, tan **histeriquienta**, tan Dios me lleve y Dios me traiga, que por lo achacosa de nada le servía; Eulalia, tan delicada, tan **jullera** (1), que no levantaba cabeza cuando le caía costura, y los sábados pegada de la plancha todo el día de Dios... Don Pedro que se veía en sus hijas, que soñaba con mandarlas a educar a Medellín... Soledad (Sol), que vino al mundo ya huérfana, que no gozó de su padre, criada a leche pedida, a quien tocó en suerte esa pobreza de "alfombrilla", tan **revejidita**... Hablando de ella siempre exclamaba, dolorida, la madre: "Qué tal que Pedrito la viera por ahí, hecha un arandel, plañendo aguamasas, cargando el agua y haciendo mandados... Y tan notable, además —añadía meneando la cabeza— "de pura cepa española" y no como quiera, que los nombres de la familia estaban escritos con letras de oro allá en Castilla la vieja.

En los primeros días de viudez, muchas atenciones, mucho socorro prestado con delicadeza para no humillarla: "Pero todo cansa en la vida", repetía doña Dolores; y en el pueblo, que ella se hacía insoportable con su eterna cantilena.

—Gracias a Dios —era otro de los cantares de la infeliz viuda— que con lo que se salvó del desastre se había podido comprar esa casita. El desastre fue una fianza que el bondadoso marido vino en prestar a un su amigo, fianza que hubo de desembolsar, y una mina, de fama legendaria, que acabó de barrer con lo que había quedado. Pedrito tuvo que presenciar la venta de todos sus bienes en pública almoneda. A doña Dolores nadie le sacaba del magín haber muerto don Pedro de tristeza.

La señora no exageraba: cuando no se le veía clavada en una mesa haciendo tabacos, era porque estaba doblada en cuclillas rayando yucas. Ella no entendía de otra cosa; y aunque entendiera, ¿qué hacer sin principal? El tabaco porque se lo daba al fiado don Salvador, que él y su esposa, doña Rosaura, eran su paño de lágrimas y sus amigos hasta las aras. Las yucas para el almidón, negocio que no pintó mal en sus comienzos, solo Dios sabe como se las había la señora para conseguirlas. Pero una su vecina, pensando que doña Dolores se estaba poniendo las botas con el dichoso **balance** (2), dio en hacerle la competencia.

—Soy tan de malas, —solía exclamar la señora contando la cosa— que si me pongo a hacer sombreros, nacen los hombres sin cabeza.

Elena, “la histeriquenta”, cuando no era víctima de la soñera era porque se hallaba por ahí, en un rincón, rabiando de las muelas ¡Qué nobleza ni qué pan caliente! Que la dejasen quieta. No así Eulalia: Ella sacude, barre, limpia, y así como doña Dolores la sepultura de su esposo, ella hermooseaba y perfumaba con flores el esqueleto de su miseria: en el patiecillo, rosales y geranios, y por todas partes, en trastos inútiles, pensamientos, violetas y claveles. En abril y mayo las rosadas **josefinas** (3) hacían de la casucha una tacita de flores. Doña Dolores la proclamaba, que al trabajo de Eulalia se debía el poco vestir que vestían, y que por aquello de lo mal remunerado que es el de la mujer, y por no tener siempre obra, cuando una de las hermanas mayores iba a misa, la otra tenía de quedarse en casa, que para las dos tan solo había un calzado, una saya presentable y una mantilla.

El linaje y su hermosura vengaban a Eulalia de las humillaciones de la pobreza. Desde niña demostró llevar en la sangre el orgullo de su raza. ¡Mezclarse ella en la escuela con “esas zambas...!” Y Dorotea (Tea) que la buscaba, que la asediaba. Pero la noble Eulalia hacer buenas migas con la nieta de Ño Telmo y Ña Socorro... (4) La familia de Eulalia era en el pueblo, en ese entonces, lo que pudiera llamarse la familia real; la de Dorotea, enriquecida de la noche a la mañana —cuentan que por el hallazgo de un tesoro en viejo caserón— era motejada de piojo resucitado, a causa del alarde que hacía de su riqueza, la cual riqueza —murmuraban— en vez de cubrir, le hacía resaltar más lo bajo de su ralea. La chiquilla Dorotea no se cansaba de **hacer fieros** (5) a sus condiscípulas y amigas. con el brazo estendido y sacudida de manos les repetía a diario:

—Chupen que en mi casa nos dan güevo entero y cacao sin harina.

—Chupen que en mi casa hicieron güevochimbo (6) y arroz de leche.

Si alguna niña estrenaba vestido o mostraba juguete nuevo, las **cañas** de la mocosuela! Que el traje que su **mama** le iba a hacer... que la muñeca que su **papa** (7) le iba a traer de Medellín...

¡Qué horror era Dorotea en la escuela! El fiscal que acusa sin cesar, que se goza en los castigos; el verdugo que araña y empuja; el duende que vuelca tinteros, que raya dibujos y daña costuras; una verdadera tea —afirmaba la maestra— una urdemales hecha y derecha. ¿Sería eso el origen de las aféresis de su nombre?

El correr del tiempo no la curaba de sus broncas, y la afianzaba más en la idea de que Eulalia la miraba de arriba para abajo; el por qué, (Tea, bien se lo sabía, pero se lo callaba. Ella se gozó con el derrumbamiento de la fortuna de don Pedro, afirmando haber sido castigo de Dios por lo indomable y “creída” de su hija. Que se pasaba en las uñas —decía de Eulalia— que Dios bien sabe lo que se hace, pues si no le quita los bienes de fortuna, se lleva por delante a media humanidad.

La juventud le negó sus encantos así como el nacimiento le había negado el tan anhelado rango. Seca de carnes, seca de tórax, encogidos los hombros y recta como un huso; de mirada negra, inquisidora y penetrante, Tea no tiene otro aliciente que las talegas de su padre; y vox populi, que el dichoso padre no soltaría en vida un maravedí, ni dándole en el codo. ¿Pretendiente? ni de mentirijillas, y menos linajudo, como Tea se lo soñaba... ¡Ah!, sí, contaban de uno —un pelagatos— que el progenitor de Tea rechazó, insensible a los lloriqueos de la hija y a las amenazas de depósito, que al revés de la enamorada doncella, no estaba el acaudalado padre por cargar con “un para nada” y con lo que Dios enviara después, en cambio de sangre azul.

Doña Dolores conservaba, amén de un amarillento rollo de papeles, donde campeaban con un escudo raso, rúbricas, historiadas mayúsculas y renglones desteñidos de letra procesada, y donde ratones y cucarachas habían hecho de las suyas; amén de eso, la señora conservaba las miniaturas en marfil de sus abuelos. Don Rodrigo Bermúdez de Castro y doña María del Pilar Molina de Burgos, apellidos que con el tiempo vinieron a quedar en Castro y en Molina mundos y lirondos. Don Rodrigo afeitado a lo griego antiguo, flamante cendal por corbata y porte de caballero; doña María del Pilar, hermosa, señorial, desnudo el blanco pecho, alta peineta, a modo de diadema, cuajada de oro y perlas, rosas en los ondeados cabellos, collar y pulsera de ricas esmeraldas. Eulalia mostraba esos retratos envanecida, con la satisfacción con que Tearegonaba en yantar de su casa —ese **menú** de arroz de leche, gallinas y capones— de que el tiempo no la había curado. Y doña Dolores atrapando la ocasión por la melena, para rememorar lo de cuadrillas de esclavos, auge y riquezas de sus antepasados. La señora era liberal —pecadillo que no le perdonaban en el pueblo—. De que ser liberal era pecado, no la convencía ni el Padre Santo de Roma. Si lo fuera —argüía— no dijera en la Pasión: “Pues sois liberal dador”.

En tiempo de exaltación política, primero dejara de salir el sol, que doña Dolores de traer a cuento el saludo de Mosquera a doña María del Pilar. Cuando el general, pariente de emperatrices, entró a Medellín bajo arcos triunfales, caballero en el cebruno de don Tomás Uribe, charreteras de oro —cosa hasta entonces no conocida allí— y kepis con visera de carey relampagueante a guisa de casco antiguo, con todo y kepis al aire, el general saludó a la hermosa dama, que del balcón donde se hallaba correspondió al saludo dejando caer a los pies del caudillo una corona de hojas de laurel.

En tanto que por los lares de Tea nadie asomaba a arrastrar el ala, tuvo Eulalia la adoración de un joven médico —el doctor Jorge, recién

graduado en la universidad, que fue recibido en el pueblo como llovido del cielo—. La prensa capitalina subía al doctor a las nubes y lo volvía a bajar; que ninguno como él había sabido andarse por los escondrijos de las anatomías, fisiologías y clínicas. De que era poeta, ni una palabra; y lo era, y de los de verdad, al decir de los iniciados en el secreto; que el doctor como poeta no se había dado a luz. Su *chef-d'oeuvre*, era un soneto: **Los dos Arcanos (Tema de Remy de Gourmont)**. Los dos arcanos eran la vida y la muerte, representadas, no por calaveras y criaturas, sino por un idilio de cuervos, habido por ahí en el costillar del mortecino de un caballo.

Eulalia heredó de su abuela —la doña María del Pilar— ese aire de aristocracia antigua que va desapareciendo, que el pincel hace vivir, y que en balde persigue la burgués fotografía. Ese aire, la palidez anémica que transparente el enredo de sutiles venas, los dientes incrustados en desteñidas encías, el orgullo no domado, todo era para el doctor la realización de un ideal, el ideal del poeta que canta “manos liliales y eucarísticas blancuras”. Aquellos ojos verdes, misteriosos, de mirar soberbio y centelleo deslumbrador, los ojos que Mr. de Phocas buscó ansioso: “Es la princesa Eulalia —escribía a sus amigos— una belleza bizantina, áulica, ante la cual la carne pecadora permanece muda”.

En el pueblo cundía la nueva del seguro matrimonio del doctor con la “princesa Eulalia”. Y Tea, que no las tenía todas consigo, pronosticando: “En la nuca me lo derrito”, pero escarabajeándole si no sería preferible el linaje a la riqueza. En la intimidad de la familia sostuvo esas ideas alguna vez; y su progenitor, que no tenía muelas de corcho, mirándola un sí es no es con lástima y burla, replicó:

—Esta muchacha sí parece boba; se conoce que no ha padecido hambre.

La muchacha no podía convenir con el socarrón de su padre. **Mi papa** —se decía para su colesito— es un viejo pasao. ¿De qué me sirve a mí que él tenga plata...? Y la pánfila de Eulalia, lambiendo ceniza y todo, ha logrado enamorar a un hombre como el doctor.

Y el doctor Jorge, con el mostacho en forma de antena, abrigado por la **húngara** (8), con su blancura de Cristo de marfil ahumado por el incienso, con su mirar vago, con su cultura y acento importados de Bogotá, se le aparecía a Tea como lo non plus ultra. Y las horas se le pasaban a Tea contemplando la imagen en pleno arrobamiento.

El doctor, cuando la curiosidad trataba de sonsacarle de su amor, se hacía lenguas de “la princesa Eulalia” jurando no haber belleza igual sobre la haz de la tierra; pero a la vez hacía profesión de fe declarándose partidario impenitente del celibato. Y cuando a solas recordaba las bromas de sus amigos, solía exclamar:

—En estos pueblos salvajes, en esta maldita Antioquia sobre todo, no tienen otro ideal que el matrimonio. La belleza, el arte, nada les importa... ¡Qué bonito, yo, todo un burgués arrullando muchachitos...! ¡Y mi viaje a Europa... ja!, ja!

Eulalia, por su parte, si halagada en su vanidad, mostrábase indiferente. Esa indiferencia tenía para el doctor el encanto de lo impenetrable; y era para las amigas de Eulalia, temor, nada más que temor de quedarse en berlina.

Tea, que no cabía entre el pellejo cuando oía lo de ser el doctor enemigo mortal del matrimonio, se lo aseguraba a sí misma delectando: “se queda la princesa Blancadehambre mirando para el páramo”.

Tampoco cabía Tea entre el pellejo cuando dieron en decir que el doctor se ponía morfina; que por eso era tan pálido y tan incierto en el mirar; que por eso se le iba el santo al cielo, y que por lo mismo esos ribetes de esquivéz y hurañía. “Qué lástima: tan buen médico, tan caritativo. Esa Bogotá —añadía— que era un foco de corrupción...”

—Si se casa la princesa Blancadehambre —lo cantaba Tea— con un hombre así, se amuela, pues no hace más que salir de Guatemala para entrar a Guatepior” (9).

Y en el pueblo aseguraban que Tea, con alma y vida, se colaría por las puertas de Guatepior.

A Sol, la niña magra, de labios desteñidos, de ojos tan negros, tan dulces, tan crespos, vestida siempre de sobra, a diario se la veía por esas calles, a tarde y a mañana, lloviera que tronara, llevando en brazos el calabazo (10), un calabazo con figura de aguacate, o al hombro el tarro de un cañuto de guadua, y el cesto de tabacos, unos tabacos pequeños para señora, a siete por peso y al diez por ocho.

¡Y tanto como se los regateaban!

Pero nadie como doña Pastora, la modista, una señora de mucha untaza, de ceño amargo, de lunar peludo en el mentón, rechoncha y papada fofa, casada y sin hijos. Contaban de ella que se anduvo por los santuarios en busca de imágenes milagrosas para conseguirlos; que tomó cuanto brebaje le propinaron médicos y curanderos y fermentidas brujas, que, desengañada, acabó por no poder ver niños, y que se le revestía el diablo al verlos juguetones haciendo las delicias de sus madres.

La doña Pastora siempre había de ñutir (11) los tabacos por simples o por amargos, porque no daban humo o porque lo daban demás y porque tenían ripio. “El gusto a rincón” lo denunciaba. La niña, acostumbrada ya a ese constante gruñido, dejaba caer los párpados sobre los apacibles ojos, cual un velo orlado de sedoso fleco, y solo se atrevía a protestar cuando se hablaba de ripio. “¡Echarle su mamacita eso a los tabacos!”.

¡Los ascos que hacía la señora cuando Sol entraba en busca de aguamasa! “Apártese, niña, váyase con ese calabazo que apesta, y cuenta con chorrearame los ladrillos porque hastaí duramos”.

Sol lo soportaba todo con jobina paciencia: esa aguamasa era de las mejores, de maíz pilado con afrecho, que era la pitanza de su gallina. Holgábase la niña, además, contemplando las cintas, los encajes y las vistas telas que rodeaban a la modista, y los figurines de un periódico de modas que esta pedía a Medellín cada año por la cuaresma. Sol era el único ser sobre la tierra que gozaba del privilegio de hojear ese periódico

a su sabor y talante, y eso por imposibilitada de sacar provecho, que para los otros era el libro de los Vedas. A los figurines se añadía las flores raras que la modista cultivaba, las mariposas y los tominejos que acudían al espacioso jardín. ¡Los anhelos de la niña por apañar un tominejo! Un clavel encarnado se llevaba los ojos de Sol. Tanto, que la niña al fin se atrevió a pedir un hijito, y lo consiguió, pero en cambio de muchos viajes de tierra, de una muy abonada que había en casa de doña Dolores, y con la expresa condición de no propagarlo.

Ese día iba Sol, camino de su casa, radiante de felicidad: llevaba el clavel tan anhelado, y maíz para su gallina —regalo de doña Rosaura— para esa gallina de estéril madrecilla, porque jamás lo había probado. Con ese maíz se tornaría un pozo de huevos. No se había de comer ni uno porque tuviera mucha hambre, porque todos había de venderlos para comprarse un traje, el primero que desde nuevo fuera suyo.

Entra a su casa anunciando los regalos. Pero, ¡oh dolor!, halla a su madre y a Eulalia llorando a dos hilos, de coraje, de vergüenza, de pena.

El caso fue que a Bárbara la pulpera de la esquina, a la gigantesca Bárbara de temblantes carnazas y almendras de oro en las orejas, le era deudora la pobre viuda de una bicoca. Bárbara no se cansaba de demandársela por la boca de un muchacho. Al tal muchacho lo recogió la pulpera de la calle, y a fuerza de coscorriones logró meterle en la cabeza el que la llamarse “mi sia (12) Barbarita”, y no “mana Bárbara”, como era costumbre y uso.

Doña Dolores se quejaba de zumbarle constantemente en los oídos:

—Que a mi sia Barbarita, que le mande el trastecito.

Ese día la mi sia Barbarita se apareció en persona; y echó por aquella boca:

—¿Qué corona tienen ustedes pa yo darles mi trabajo? Si están tan pobres boten los zapatos y álcesen la saya, que qué hacer no falta... A cuento de señoras, primero fruncen de necesidad que coger un atao de ropa y una pelota de jabón, y agarrar pa la quebrada. A diez pesos tan pagando la docena... Ya me ven a yo con la pezuña en el suelo y lavando mondongos y haciendo de todo; y soy tan señora como la que más; muy tía, pa que lo sepan, aquí onde me ven, de esa arrempujosa Tea. Manque lo niegue esa rila-en-palito, semos de la mesma canalla. A cuenta de que mi hermano se sacó un entierro ya no volteo a ver a naide de la casa la so pelada. El que se la dio se la puede güelver a quitar... Por argullentas están ustedes como están... Ya lo saben, si no me pagan, hoy las llevo onde el alcalde; pa eso hay justicia. ¡Les arranco mi plata go no me llamo Bárbara Bedoya!— Y dando un revoloteo salió la Bárbara Bedoya llevándose los vientos.

Jamás por jamás llegó la señora a imaginarse que su miseria la llevaría a tal extremo.

—Si es preciso pedir limosna de rodillas, la pido —exclama.

—Siempre es que yo he cometido un pecado muy grande... ¡Cúmplase, Señor, tu santa voluntad!

—Es imposible mandar donde Salvador y Rosaura con todo lo que les debo... ¡Si por ellos vivimos en esta casa...!

Clava los ojos en la colcha de bayeta roja, una colcha colonial con bordaduras de vistosas flores.

—¡Qué van a dar por eso, Dios mío!

El chal, que decía ella, un rico mantón de Manila, le acude a la mente con sus pájaros y flores de primorosa bordadura.

—Si jamás me han ofrecido nada por eso... Ni para hacerle un traje a la virgen lo quisieron. Ni un calzado... Nada, ¡Dios mío!, que merezca la pena.

¿La alta peineta de carey, la que adornó cual rica diadema a doña María del Pilar? La angustiada señora lo recordaba: en un apuro semejante, para pagarle a la misma Bárbara, le había arrancado perlas y oro. Tal vez le dejé algo, pensó. Si Santa Ana me hiciera este milagro... Pero nada, el puro esqueleto.

—Madre mía, ¡ilumíname!

La sopera de porcelana surgió del fondo de su imaginación: esa sopera fue el último regalo de don Pedro, y era para la señora como la urna que guardarla sus cenizas. ¡Cuántas veces había pensado en ella en sus necesidades! ¡Cuántas veces había desechado ese pensamiento como tentación diabólica!

¡No había remedio! Todavía resonaban en sus oídos las palabrotas de la tía de Tea... Se le había llegado la hora.

Los ojos de Sol se iluminan, corre y coge su gallina, esa gallina que iba a darle huevos, y más huevos, y mirando a su madre con las ascuas de sus grandes ojos, barbotaba:

—Yo vendo mi gallina, mamacita. Doña Rosaura me da cuarenta pesos por ella. No llore...

—¡Cita mi hija! tiene el corazoncito en la mano como su papá, que por eso nos encontramos como nos encontramos. Y Rosaura sí la compra. Es tan buena y ahora la necesita... pero tan flaca; si no pesa una pluma, añade sopesándola... Cuando vendamos el marrano le compro su traje-cito; es lo primero que hago. Ya es justo matarle ese antojo.

Sol, para darse el gusto de ver comer a su gallina, le puso el maíz por delante.

—No sea boba, mi hija. Deje el maíz para el marrano, que ya la gallina va a ser de otro.

Elena, saliendo de su marasmo, refunfuña al oír lo del traje para la niña: ella nunca exigía nada, y por eso lo primero que debía hacerse con la plata del animal, era ponerle los dientes; que ya no aguantaba más esos raigones ni esas cocas de muelas.

La mirada de Eulalia, esa mirada siempre soberbia, tórnase despectiva para Elena, y acariciadora y dulce para Sol, a quien abraza, prometiéndole trabajar mucho, día y noche, para sacarla de ese estado de Cenicienta.

El padecer de Sol, sus ansias y deseos en tiempo de exámenes! Con el tarro al hombro o abrazando el calabazo se paraba a mirar alelada la fila de niñas que iba taconendo, cual un reptil de plumas, cintas y flores.

¡Ah!, si ella tuviera papacito, también iría allí con sombrero como el de Camila, la niña de doña Rosaura y con flotante banda. Y esforzándose por contener las lágrimas, que ya le rodaban por las exangües mejillas, murmuraba:

—¡Si mi Diosito quisiera!

Allí iban las niñas con quienes jugó de **señora** arrastrando los trajes de sus padre y haciéndose visitas, o de **cocinera**, moliendo tierra... y la **pizingaña** (13). En la pizingaña, Sol siempre abogaba por el nombre de María Estrellita. No le valía la observación de ser conocida por el niño picado del gallo. ¿Qué le hacía que fuera el caballito elegido? Cuántas veces, abandonó por ahí el tarro de agua u olvidada del mandado, se entretenía en aquellos juegos sin percatarse de la ansiedad de su madre por la tardanza y la sequía, ni del regaño que la esperaba. Los temores, luego que todo acababa, las vacilaciones para regresar a la casa, las mentirijillas: que las sirvientas apoderadas de la **pila** (14); que la señora del recado en la iglesia o de visitas. Y aquellos propósitos de enmienda, idos cuando la tentación volvía.

La escuela, a donde fueron sus compañeras de juego, quitando las tentaciones, la separó de ellas. Sol se lo pasaba cual una bestiecilla uncida al yugo del trabajo. No por antojanza, enhambrecida, se buscaba ella por esos setos el tierno cogollo del rosal campesino, el cordoncillo, las moras, los mortiños, que escaparon a los pajaritos, y los **tabaquitos de helecho**, que fumaba en el secreto del muñequero. No tenía más que la muñeca, una muñeca que ella misma farfulló en los instantes hurtados al trajín de su pobreza. Aquella muñeca de larga cara, sin pescuezo y sin mentón, blanca como el trapo de que fue hecha, dos nudillos de hebra negra por ojos, dos bastas por cejas, dos de hilo colorado por labios, dos chaquiras por orejas, una señaleja por narices; sin manos los abiertos brazos, sin piernas. Esa muñeca con su cara de antigua evangelista puritana, langaruta, de hilacha de merino por cabellos, era la amiga de Sol. Holgábase la niña dándoles palique, hoy un nombre y mañana otro. Era la poseedora de sus secretos, de sus sueños y deseos. Como aquella familia, la muñeca era de pura cepa española, y su nombre también estaba escrito con letras de oro allá en la leyendaria Castilla.

Una graciosa fotografía, de sabe Dios qué hetaira, era el retrato de la muñeca, y la cocinera, una negrita de cera, que tenía la virtud de meta-

morfosearse en lo que a la niña le diera en talante. Amazona la muñeca en la bellota de borrachera, la negrita convertida en caballero. Una Santa Teresa —regalo del boticario— avisadora de droga milagrosa decía lo rezandera de la muñeca, la cual se hacía el tocado delante de una brizna de espejo que su dueña recogió en un basurero.

Cuando Sol sabía que alguna señora era madre, la Virgen había de traerle niño a la muñeca; y el recién nacido, de llamarse Jorge como el médico.

—Cuando a yo me nazca un muchachito —le susurraba la niña a su amiga de trapo— también lo voy a poner Jorgito. Que el doctor era su novio —agregaba— y que cuando se casaran, las dos tendrían muy bellos trajes, sombreros y dijés sin cuento.

Ninguna asistenta como Sol: ella estaba al tanto de esa higiene tradicional: tapada de rendijas para que el maléfico viento no colase; la gallina y el chocolate —pétalos de flores en agua coloreada, en cualquier brizna de trasto bien tapados también para que ni el aire ni el sereno los tocaran.

—La gallina de hoy —decía acariciadora a la enferma— estaba un primor de gorda; todo el caldo se lo tiene que tomar; está muy sabroso...! y con cominos frescos y todo. Hoy no va a ñutir (15) como ayer; pruebe esa rabadilla... y esté tranquila: el doctor dijo que lo del niño no es nada; que le untemos aceite de canime en el ombliguito, y que si a usted le vuelve el dolor de cabeza, se ponga dos hojas de aroma en las sienes con sebo de Cuba... Y los arrullos, y las canturrias para dormir a Jorgito, y las retiradas a la chica callando con el dedo en los labios para no despartarle...

El día que moría algún niño, en el pobre muñequero de Sol había angelito. Sol, sirviendo de lengua a la madre dolorida, contaba entre ayes y suspiros el achaque de Jorgito y todo lo que se le había hecho. La muñeca —esclava de los santos por las promesas que había mandado— debía resignarse, porque la muerte de un chiquito es un favor del cielo. Jorgito ya estaba asegurado, y la Virgen, que era tan buena, le mandaría otro.

No había matrimonio de viso sin que la muñeca se metamorfosease en desposada. ¿El novio? La negrita de cera con pantalones. Lo importante era que la muñeca, con todas sus galas, apareciese en escena. Allí estaba el albo cáliz de la misericordiosa borrachera para traje nupcial, y los retales recogidos en casa de la modista para rico ajuar. Los regalos llovían. El magnífico, el del doctor, que era el primer padrino, el pie de una copia de vidrio con ramillete de flores. El doctor siempre ofrecía el brazo a Sol para llevarla a la mesa, y el que echaba el gran brindis.

Sol, en tono confidencial, se lo decía a la muñeca:

—El doctor me ha coquetiado hoy mucho; me dijo que yo era su novia, y que apenas esté grande nos casamos. Desde ahora la convido a la fiesta, aoye...

Contarle a la muñeca el cuento de **María Estrellita**, era el mayor de los encantos de la niña:

“Estas eran dos muchachitas: la una no le hacía caso a la mamá, le robaba los bizcochos y el chocolate sin harina y el quesito; no le dejaba parar nada; no se dejaba sacar ni las niguas ni los piojos; la mudaban y en el momento estaba hecha un terrón de mugre; le pegaba a la hermanita y le quitaba las cosas y la arremedaba; se dormía sin rezar naitica, y metía la cucharada en las conversaciones de los grandes; le hacía gestos a la mamá cuando la regañaba y le botaba la pretina, y le decía vieja; se revolcaba en el suelo cuando no le daban lo que quería; sapotiaba las bandejas en la mesa y no iba a la escuela, sino que se estaba por ai mata-perriando y se ajuntaba con las sirvientas. Era muy mala, pues. Y la mamá decía que esa muchacha la iba a enloquecer.

La otra muchachita era muy formalita y muy querida; iba a la escuela, le hacía caso a la madre, no ensuciaba la bata, no lloraba cuando le sacaban las niguas ni cuando la peinaban, rezaba el Bendito y le pedía la bendición a la mamá y no era callejera. La mamá le decía que la Virgen la quería mucho, y que cuando se muriera, se iba derecho al cielo sin chamuscarse las alitas.

Un día mató la señora una gallina, y la muchachita formal le pidió las tripas para hacer unos choricitos. Y las estaba lavando en la quebrada cuando se le fue una, agua abajo. Se puso la muchachita lo más tristecita a buscarla, cuando se encontró con un gallinacito, y le dijo:

—Gallinacito, ¿por aquí me ha visto pasar una tripita?

—No, buena niña, más abajito está una viejita que le dará razón.

Fue y allá estaba la viejita.

—Viejita, ¿por aquí me ha visto pasar una tripita?

—No, buena niña, más abajito está un viejito que le dará razón

—Bueno, y siguió la muchachita.

Y el viejito le dijo que fuera a una casita onde estaban unos muchachitos: péguales, ensúcieles la casa, apáguales la candela y hágales hartísimos males.

La niña fue y los lavó, los peinó, les sacó las niguas, les barrió la casita, juntó la candela y les hizo mazamorra y les dio, porque estaban muertecitos de hambre.

Cuando la niña volvió, le dijo el viejito:

—Hija, ¿hiciste lo que te mandé?

—Sí, señor. Pero el viejito sabía que no había hecho lo que él le dijo, porque era el Señor, y antós le puso la mano en la frente el viejito y le quedó una estrella de lo más linda, que le resplandecía.

(Los ojos de la cuentista se iluminaban como estrellas).

La madre y todos se encantaron de verla tan hermosa con esa estrellita, y la hermana mala bregaba por arrancársela pa ella, pero más se le prendía; y le echaba tierra y se la estregaba pa que se le borrara, y más le relampagueaba, y antós comenzó a llorar pa que la mamá matara otra gallina y le diera las tripitas.

Se fue y las echó toitas agua abajo.

Se encontró con el gallinacito, y le dijo con muy malos modos:

—Gallinazo, ¿por aquí me has visto pasar unas tripas?

El gallinacito le contestó como a la otra.

Y a la viejita, que era la Virgen, también le dijo con muy malos modos:

—Vieja, ¿por aquí me has visto pasar unas tripas?

Y ella le dijo que le preguntara al viejito. Al viejito también le dijo viejo, y él la mandó que fuera onde los muchachitos y les hiciera hartos males. Se fue y los acabó a palmadas, y los aruñó y les jaló el pelo, les lastimó los enconos, les quebró la ollita de mazamorra y se vino arremedándolos.

El viejito le dijo:

—Hija, ¿hiciste lo que te mandé?

—Sí (sin decirle sí señor, ni nada) y le puso la mano en la frente y le salió uncacho así largo, largo como un cacho de vaca.

(El terror se pintaba en el semblante de Sol).

Cuando volvió a la casa eran todos espantados de verla con ese cacho; y fue por mala-ley que mi Dios se lo puso. Figúrese que los muchachitos eran unos ángeles del cielo. Y en eso me vine yo”.

Así como al asceta, los siglos que estuvo oyendo el canto del pajarillo enviado de la gloria, a Sol se le volvían instantes los ratos consagrados al muñequero.

Muchas veces la madre misma se embelesaba, oyéndola y, compadecida, prescindía de ella; otras, muy halagadoras, la llamaba:

—Usted es mi María Estrellita, venga mi hijita.

Otro de los regalos de la niña era oírse llamar por su mamá María Estrellita.

Pero cuando el esqueleto de su miseria se le presentaba, sin hallar puerto a dónde arrimar, la señora, desesperada, grita y amenaza quemar el muñequero. La niña, temblando, se multiplicaba en sus tareas.

En esos momentos solía la señora irse al cementerio: era su mayor consuelo llamar al esposo y contarle, llorando, de sus cuitas, suplicándole le sirviera de abogado allá en el cielo. Sol, que no desamparaba a su madre, lloraba acongojada viéndola llorar.

Cuando Sol veía de paseo a las niñas de la escuela, tocadas con sus pavas (16) y de pañolón, llevando en los cestos el apetitoso fiambre, se abrazaba a las rodillas de su madre suplicante:

—Mamacita, ¡ah bueno quién estuviera en la escuela!

La palabra “imposible”, envuelta en un suspiro, salía de los labios de la señora.

—¡Ojalá! A las otras les tocó porque su papá vivía. Algún día, m’hija: Dios no se ha acabado, y Santa Ana nos socorre. Ai la mantengo prendida.

Llega la Nochebuena. Es su heraldo el chillar de la víctima, el cerdo sacrificado en aras de la alegría, esa divinidad tan propicia a la infancia y tan huraña luego. La hoguera del holocausto levantando espesas columnas de humo, esparce en los aires el olor de la chamusquina. Llega con el chillar de la cazuelas, que es alegre tonada, con los efluvios de las fritadas, con la engolosinada chiquillería la cual armada del chuzo, a hurto de la madre que todo lo ve, ensarta el dorado buñuelo, y, sopla que sopla, huye proclamando su habilidad; con la iluminación de las moradas campesinas; con la pólvora que, subiendo chispeante y zumbadora estalla y se deshace en lluvia irisada de estrellas; con la busca del Niño, por escondrijos de prados y jardines, que tantas lágrimas hará verter a la doncella incauta; con las sorpresas del árbol de Navidad; con la leyenda de la flor de la yerbabuena. La misteriosa florecilla perfuma por un instante las heladas ráfagas de la media noche, el instante en que el Dios Niño salta del seno virgen a las pajas del sucio pesebre... Pero, ¡ay!, que ni al ángel le fue dada la dicha de conocerla, porque el Diablo la destruye en el furor de su derrota.

Sol sabe de eso por las añoranzas de su madre y la oye con el deleite con que oye un cuento de princesa encantada y patojito vencedor. En sus tiempos de abundancia allá en la finca pregonada, de todo gozaron, y los pobres llevaban su buena parte. Elena oía a su madre como quien oye lover, y Eulalia se envanecía de haber sido primero, de no tener nada qué envidiar.

Como la niña no era testigo de aquellos placeres, no sufría; otra fue la causa de sus tristezas: el árbol de Navidad que el Párroco levantó en el atrio de la iglesia con el fin de hacerse a recursos para una obra pía.

—Allá está —proclamaba el sacerdote por todas partes— allá lo tengo de checherero. Vayan todos a comprarle y no pierdan su tiempo regateando, que el Niño tiene precio inglés.

Un ramillete de flores era lo que parecía aquel sietecueros (17); de cuyos brazos colgaban juguetes, chucherías, zarandajas, tentadoras golosinas. Al pie, entre un nido de sedoso musgo, el Niño Dios, sonriente, de azules y alegres ojos y cabellos de oro. No era un recién nacido, era un niño travieso que jugaba con el mundo sin mostrarle miedo a la cruz. Los padres y las madres con sus hijos, cargándolos y de la mano, empujan, atropellan; el árbol sacudido por el tumulto, aljofara con lluvia de pétalos a la afanada multitud, y se va quedando desnudo de dijes y flores. El cesto que el Niño Dios tiene a su lado rebosa de billetes; van por la plaza los niños tocando las cornéticas, inflando las pompas de caucho y enseñándose felices todo lo que el Niño Dios les había traído.

Sol no osa arrimar; estaba tan mal trajeada, y a qué.

...De lejos mira aquel árbol donde, balanceándose, las muñecas de su deseo le dan el tormento de Tántalo. Aunque no fuera esa grande —susurra señalándola— con esotra de falda azul se contentaría... y hasta con la de trapo que se hallaba junto a un carrito. De la entreabierta boca de la engolosinada niña chorrea un hilo de cristal, que cual hilo de araña refleja la luz en fugaz relampagueo. Una rolliza campesina que va contemplando extática una negraza de trapo que le valió cien pesos, tropieza con la niña.

—¡Virgen, m'hijita —exclama la serrana— pero a busté si se le van a salir los ojos si Dios no lo remedia. Tenga (presentándole unos confites) tenga pa que no vele tanto.

¡Ella velando! ¿Qué dirían? Y Eulalia que se las tenía juradas. Eulalia no se cansaba de repetírselo: “Yo tengo un pajarito que todo me lo cuenta”. La niña atristada y atisbando al pajarito picotero, entra a su casa diciendo:

—Yo no estaba velando mamacita; era viendo las cosas tan bonitas que el Niño Dios les trajo a los muchachos. ¿Por qué será —continúa llorosa— que a mí no me trajo nada?

—El sí le trajo, cómo no, a todas nos trajo. No ha visto, pues los buñuelos y la natilla que nos ha mandado... y hasta manjar blanco. Démoles gracias que, si no es por eso, nos habríamos tenido que quedar a tí suspiramos.

La niña, mirando a su madre, replica con viveza:

—¡Eh! ,verdá; es que a los que semos pobres nos manda cositas de comida.

Irguiéndose ofendida la princesa Eulalia, protesta:

—Eso no es una limosna; si lo fuera, de la puerta les devuelvo yo sus menjurjes.

Doña Dolores enfermó, decían que a causa de los “menjurjes”. La enfermedad resistió a la terapéutica casera. El doctor fue mandado por doña Rosaura. El doctor admiró las flores una por una; pero nada como el mantón de Manila —otro jardín, decía él— con que la coquetería de Eulalia tapó la vejez y la fealdad de una mesa. Por temor a las malas lenguas se abstuvo ella de ofrecerle un ramito de flores.

El doctor prescribió limonadas.

¡Pero doña Dolores tomar limón!

—Eso destroza la sangre, doctor, recéteme otra cosita.

El médico, sonriendo, formuló una poción en la que entró el ácido cítrico, que obró como él lo esperaba.

Sol, al ver al doctor en su casa, huyó a esconderse en el último rincón, y fueron menester súplicas y amenazas para hacerla ir a la botica.

El médico no se fijó en la niña sino en el momento de ponerle la rotulata a la botella.

—¿De dónde sacó la china (18) —le pregunta mirándola cariñoso— esos ojos tan bellos? ¿Quieres regalármelos?

Ella, sonriendo tímida, los eclipsa con sus delgados bracitos.

El, entregándole la botella, le acaricia el mentón, diciéndole:

—Mamacita se pondrá buena con esto, y no te tapes esos ojos, que brillan como estrellas...

La niña, con el corazón palpitante, corre y entra a su casa toda atafagada, dando la buena nueva. De la caricia y del chicoleo, ni una palabra; ni a la muñeca, su muda confidente.

Ya no le quedó duda, el doctor era su novio... Y más que nunca ardió en ella el anhelo de ser bella, y de galas y arreos. No se cansaba

de mirarse en el espejillo del muñequero. En sus tareas de cenicienta, en la calle y en la casa, la buena de la imaginación le escondía, con deslumbrante velo de tisú, la negrura de su suerte. Nadie pensara, al verla tan desmedrada, aunque con esmerado aseo, tan pobremente vestida, agobiada con el calabazo y con el tarro, que la pobre criatura iba engalanada con el traje color crema, de flores color lila, tan deseado y con la banda de flotante cinta. La mirada fija en el vacío denunciaba el éxtasis, y el leve sacudimiento de los labios, el diálogo con la quimera.

El doctor por su lado con el floreado mantón entre ceja y ceja: "Si es un jirón —se decía— un jirón de los cármenes de Granada... y ese fleco, ese fleco —repetía— que le cae cual una lluvia de seda": Como de encargo para la refinada arqueóloga, dueña de tan preciadas vejeces, esa su grande amiga de Bogotá, a quien debía tan delicadas atenciones. Nada mejor para él demostrarle su gratitud y su amistad.

¿Cómo conseguirlo?

—¡Ah —se dijo, dándose una palmada en la frente— doña Rosaura...!

Y doña Rosaura fue y le sirvió de lengua: que el mantón era de mucho precio —dijo—; que el doctor lo quería para un regalo, y ella regalárselo a él en señal de gratitud, y que estaba pronta a dar lo que le pidieran.

—Qué voy a exigirte a vos, ala, por eso —decía doña Dolores—. Aunque fuera de oro... y si siquiera fuera cosa que lo valiera; no te digo que ni me han ofrecido por él... Figurate que es de los tiempos de mamita Soledad.

En fin, que doña Rosaura obsequió con dos colchas a Eulalia; que al recibir la preciosa antigualla, el doctor, entusiasmado, ofreció a la señora, no solo recetarle gratis a los pobres de su devoción, sino darles la botica; que en la misiva portadora del regalo, a la dama bogotana, aparecerían, Eulalia de princesa cautiva; la muerte hecha vida y la vida hecha muerte; el orgullo de redentor, y el arte de hermana de la misericordia, enseñando al que no sabe y consolando al triste.

Aunque cedió el achaque, le era imposible a la señora levantarse. El médico habló de agotamiento, de leche, de algún reconstituyente.

El "imposible" vagó por los labios de la enferma; Elena, la Dios me lleve y Dios me traiga, qué... y Eulalia, siempre empeñada en ocultar lo que todo el mundo sabía, en lucha tenaz...

Doña Dolores se moría y las hijas no movían recurso.

Sol lo comprendió al ver a su madre víctima de un síncope, y temblorosa y asustada corrió a don Salvador, a doña Rosaura, a la modista misma en demanda de socorro. Doña Rosaura proclamó la necesidad, y ordenó a la niña ir a ella cada mañana por leche para la enferma. El tesoro de la Asociación del Sagrado Corazón de Jesús, se hallaba exhausto; pero a la directora se le hizo cuesta arriba no auxiliar a la señora, fundadora de la santa hermandad cuando fue rica. La modista tampoco dejó ir a la niña con las manos vacías; le anticipó dinero por tabacos. Pero eso sí, al once por ocho. Y el doctor, no tanto por filantropía, cuanto por ser la enferma quien era, mandó el vino que él mismo había prescrito.

Eulalia, que empuñaba las riendas del gobierno, resolvió que en la preciosa alhaja, la sopera de dorada porcelana, fuera Sol por la leche. ¿Sacar a la calle los pobres trastos del servicio? ¡Qué vergüenza!

Sol, cuidadosa y ufana, llevaba el dije: no era el tarro; no era ese nauseabundo calabazo...

Una mañana la niña iba paso ante paso por solitaria calle, agarrada como de costumbre por la acariciadora imaginación. No oye ni el golpeteo de puertas que se cierran, ni las voces de alerta... ese alarma que cunde. Era un novillo, una fiera escapada del matadero. Aquel novillo cebado en las dehesas del Cauca, lustroso, canelo, de jeroglíficos en los flancos, de mirar feroz, de amenazadora cornamenta, corre a la ventura, resoplando, echando babaza, envuelto en polvareda y arrastrando la doble sogá que, vencidos, soltaron los jiferos. La silbadora chiquillería lo azuza; latidores perros lo persiguen. Los perros huyen mudos cuando la fiera se digna mirarlos.

En la esquina de la calle por donde la niña iba, el animal vacila, se yergue, lanza un bramido. La niña despierta y huye sin saber a dónde; tropieza y caen, ella de bruces, y en pedazos la sopera sagrada.

Exhala, al levantarse, un ¡ay! lastimero, llevándose las manos a los pies. Chorrea sangre de las narices y brota sangre del dedo tropezado. La aterra esa sangre. La tierra, ávida, absorbe la leche que corre veteándose de amarillo, y en cada fragmento de la porcelana parpadea la luz.

Pasa un granuja zarrapastroso con un cabestro en la mano.

—Hijuel trompezón! —grita insensible.

Mandaron a Vitoriano por vino —quebró el frasco en el camino—. Pobre frasco, pobre vino. —Pobre...

Y va alejándose voleando el cabestro y silbando el himno nacional.

El terror, la sangre, el dolor la enajenan.

No se aterraron menos las hermanas al verla así "hecha un Nazareno". Pero al saber la suerte de la sopera, tiemblan. ¡Su mamá que quería esa sopera como a las niñas de sus ojos! ¡y qué leche iban a darle...! Sol merecía que la mataran por distraída, por... Cuando la señora se levantara, entonces sería el llanto y el crujir de dientes.

La niña lloraba sin consuelo. ¿Cómo iría a ser el enojo de su mamá, cuando hasta Elena se había confundido?

Y no tiene ya vida; en amarga y cruel tórnamele la dulce imaginación; ahora le presenta a doña Dolores muerta; ahora, iracunda y justiciera. Si se moría no se iría derecho al cielo. Ya su mamá no volvería a acariciarla con el dulce nombre de María Estrellita! A veces le entraba el deseo de que la señora no se levantara; y lacrimosa y suspirando solía exclamar:

—Yo quiero morirme, para qué nada en la vida...

Y la mata de clavel, esa mata que ella cuidaba con tanto esmero, ayuna de riego y el polvoriento velo del olvido tiñendo a la muñeca con la amarillez del pégamino.

Con la quietud, la leche, el vino y los cuidados volvió doña Dolores a la vida; y cuando se dio cuenta de lo que pasaba, sorpréndese de ver a Sol más demacrada que nunca.

—No hay como madre —vocifera—. Esta muchachita se está muriendo; ya no es más que ojos y pelo... Para eso que ni por chanza me la han

peinado; no han sido ni para remendarle los trapitos, que ya lo que parece es una pordiosera con esos hilangos... ¿Qué será de ella si yo llego a faltarle? Voy a pedirle a mi Dios que se la lleve primero.

La niña que por parecerse a María Estrellita siempre gustó de andarse limpia, lo más que se lo permitía la naturaleza de sus oficios; que ella misma se sacaba las niguas porque la horripilaba el que otro le arrimase la aguja, jamás se atrevió a habérselas con el peine por lo abundante de los cabellos.

Elena ni se percató de lo que decía su madre, y Eulalia se defiende con lo que de rato se había menester para la cosa y con lo melindrosa de la niña cuando no era doña Dolores la que hacía de doncella.

—Sí, mamacita —suplica la niña— péineme usted, pero no me tire mucho, que es que yo no me se peinar porque estoy muy chiquita... Y vea —agrega mostrando los pies y los brazos— que estoy muy limpiecita; pues siempre que voy por agua me lavo los pies y todo.

Y luego la niña de hinojos a los pies de la madre, y los cabellos ocultando piadosos la hilachosa espalda, y un peine de cuerno desdentado, que hala aquí, que se para en el enredo, que tira allá; la víctima gesticula, que se agita, que ajusta los párpados, que ahoga los ayes, y la madre que templa las hebras, llevando por ellas los dedos ajustados a modo de tenazas, y que anima diciendo: “María Estrellita se dejaba peinar muy formalita”.

A cambiarle las vestiduras.

—¡Pero con qué, Dios mío!

La madre busca, rebusca, reburuja.

—Hilangos... Esto no; y ponerse uno a remendarlos es botar el hilo. Vean, muchachas, qué encuentran por ai para quitarle los harapos a esta angelita; que es imposible dejarla así como la cabeza en glorias y el...

—No, mamacita, no diga, que es pecao —suplica la niña sonriendo.

No hubo más remedio que echar mano de un cuasi desperdicio de Eulalia.

Aquella criatura raquíca, como flor falta de savia, pensaba que el desecho de la hermana le sentaba a maravilla. Sentíase bella entre aquellas faldas, que empeoró el arreglo para que no arrastraran. El endeble talle desaparecía entre aquella blusa de flotantes mangas y mutiladas golas.

Con la mejoría de doña Dolores fueron alejándose los socorros y lloviendo las reclamaciones. Doña Pastora puso a Sol cual no digan dueñas por tardanza en el pago de los tabacos; que mal agradecidas; que abusadoras; que eso se sacaba de hacer bien; que si no le llevaba los tabacos, no volviera a asomar las narices por allá, ni por aguamasa ni por nada.

La niña, recordando la escena de Bárbara, lloró, pero no se atrevió a decirle nada a su mamá.

En fin, que “la miseria de alfombrilla” volvió a sentar sus reales en la casa de la viuda.

En balde se devanaba los sesos doña Dolores. No había de qué tirar. Era imposible defender ya la sopera. Con ella se le iba el alma; pero Pedrito desde el cielo lo veía...

¡La sopera!

Elena se refugia en su mutismo de enferma, y Eulalia, como en asilo sagrado, en casa vecina. Sol, de pie, con aquel vestido caricaturesco, y muda, se queda de una pieza. Con el corazón palpitante invoca a las ánimas benditas, a su "madrecita Santa Ana".

—Pero la sopera, ¿dónde está la sopera? ¿La vendieron por mi enfermedad? ¡Dios mío! ¿Qué camino cojo yo?

Otra que Sol, miente, aprovechándose de la suposición de la señora. Pero ella, trémula y difunta la color, tartamudea:

—Un toro que me embistió... se me cayó de las manos... la verdad pa mi Dios... mamacita!

Esa turbación la condena.

—Ahora sí me las vas a pagar todas juntas —vocifera la señora— quien la ve...!

Y echando rayos por aquellos ojos, siempre mortecinos, erguida y temblorosa, avanza, llevando en alto un alpargate blando y deshilachado. Sol se recoge como un gusanillo, esconde la cara entre las manos, se resigna a morir... Súbito el brazo vengador cae desarmado, y estallando en sollozos, la madre oprime contra el seno a su hija.

Enjugándose las lágrimas con el reverso de la mano, aliviada de los temores que tanto la atormentaron, la niña cuenta el sucedido.

—Eres mi ángel, yo lo sé. La necesidad es la que me pone así. Si ese toro te matara, hijita de mi vida, ¿qué fuera de mí?

—Y Santa Ana me hizo el milagro mamacita; yo le he rezado mucho para que usted no me pegara. Santa Ana la socorre, allá lo verá.

—Es que si no fuera por esa querida, no estaba yo contando el cuento; ¿con qué me habían sostenido en la enfermedad?

Y apoyada la frente en la huesosa mano, la señora se queda pensativa.

—Esta tarde vamos al cementerio, m'hijita. ¿Cómo estarán las maticas? ¡Pensará Pedrito que ya no me acuerdo de él! Esta tarde vamos y le llevamos la trinitaria que está tan bonita. ¡Yo no se cómo es que no van al cementerio! Para mí es un consuelo tan grande.

Y fue y regresó serena. Pero al ver el fogón apagado, llevándose las manos a la cabeza, se dirige a un cuadro que tenía colgado en la cabecera de su cama, roñoso y curtido:

—San Ana —exclama, levantando al cuadro los brazos suplicantes y angustiada la mirada— acordate que aquí no se ha juntado hoy la candela! No hay remedio —barbota meneando convulsa la cabeza— hay que acudir a Salvador.

El agua negra, esa agua hervida con sal, cebolla y ojos de manteca, surge en la imaginación de la niña.

—Pues bebemos agua negra; ya no estamos enseñadas, pues?

—¿Y con qué sal?, responde la señora fuera de sí.

Sol semejaba ese día un ex voto vestido de burlas. El hambre y el susto le habían trocado su palidez morena en la palidez verdosa de la

cera de olivo. Don Salvador se percata. El añaje (19) de la niña lo proclamaba con claridad meridiana. En la casa de la viuda de su amigo debía haber desnudez y hambre, mucha hambre. Así se lo dice a sus vecinos de almacén, a su mujer, a sus amigas, y todos atendieron al reclamo con dinero y ropas usadas.

Doña Dolores daba gracias al Señor, anunciando el milagro.

Sol, alelada.

¡Pero Eulalia...! Sin el ambiente de resignación cristiana que la rodeaba; sin el temor a Dios y el horror a Lucifer, se trueca en un Prometeo con faldas. A voz en grito, y fulmínea como una diosa, protesta:

—Nosotras no estamos de limosna. ¡Mamá, tíreles esa porquería a la cara, bótela lejos...! ¿Cómo se reirán de nosotras?... ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!

Sol, que mira cobija para su mamá y batas con perendengues para ella, tiembla. ¡Su mamá lo iba a devolver!

Pero doña Dolores, clamando a Dios perdón para su hija, se hace lenguas de lo caritativo de aquel pueblo. Ni sirviéndoles de rodillas —exclama— alcanzo a pagarles tanto así. Y con la actitud y el gesto de los mansos cuando toman una resolución, se hace oír con acento golpeado:

—La limosna se les da a los pobres. Nadie la necesita más que nosotras. Que Dios nuestro Señor les pague a todos con la gloria eterna.

Sin hacer caso de su madre, Eulalia se vuelve a Elena sonriendo burlona, y con mordaz sonsonete le pregunta:

—¿Y vos sí vas a lucir esas galas?

Tomando con asco una falda de Java:

—¿Las galas de la nieta de ño Telmo y ña Socorro, de la señorita Dorotea Bedoya...? ¡Ja, ja, ja! Qué caritativa está la señorita Tea, la sobrina de mi sia Barbarita...

Elena, que todo lo ha presenciado, recostada a una puerta y fumándose un tabaco, embelesada con el humo, masculla desperezándose y bostezando:

—Yo no me voy a poner cosas usadas. Sabemos si me contagian una enfermedad? Lo que me toque lo vendo para ponerme los dientes. Las montañeras me lo compran.

—¡Síiiii!

Aquel síiii silbado por la princesa Eulalia con ceremoniera cortesía, rompe el aire, vibrante y sarcástico.

Una bata del color de la flor del jaramago se lleva los ojos de Sol. El amarillo es el color que le sienta bien a su color moreno; doña Pastora se lo había dicho.

Enfundada en aquella bata, levantando los brazos encantada para verse mejor, se parece la niña a un ave que hubiera caído en un batido de yemas de huevo. La bata le baja en sueltos pliegues desde las axilas. Esto es lo que más la fascina.

—Mamá —suplica— recórteme el pelo y recójamelo con moños de cinta. Vea, con esa (mostrando una ajada y desteñida).

Eulalia no puede contenerse; como una loca agarra de los molledos a su hermanita, y zangoloteándola barbota rugiente y chasqueante:

—¡Sí está hecha un primor la levantamuertos! Salí para que oigás: “Allá va esa con la bata de...” ¡Qué vergüenza, Dios mío!

Y suelta el trapo a llorar.

Elena, aspaventosa, le grita a la niña que se vaya lejos, que con ese amarillo le alborota la bilis.

Como la luz de un cirio que se apaga, se apaga el entusiasmo de la niña.

—Mamacita querida, remiéndeme más bien las mechitas viejas y este me lo vende pa comprar uno nuevo. Las muchachas se burlan de mí.

La señora la disuade diciéndole que no haga caso; que Eulalia tiene el diablo adentro, y que Elena es una cismática; que le ofreciera a Dios la chacota, a El a quien vistieron de rey de burlas...

—Sus trenzas tan bonitas —continúa— no se las vaya a cortar. ¿Quién mete a piojo entre costura? Y usted es humilde como María Estrellita.

—Y qué liace, mamá, que mi Dios me haiga hecho pobre, —replica la niña, ya convencida. Pero pídale harto a Santa Ana pa que a mí también me haga el milagro.

El socorro llevó a casa de la viuda la tregua de Dios. El ánimo de don Pedro —ayuna de misas hacía buenos tiempos— tuvo una rezada, y las puertas de doña Pastora se abrieron para la niña.

Fulminando anatemas horrendos contra los padres abandonados, el cura párroco anunció desde el púlpito que el 21 de junio, día de San Luis Gonzaga, sería la primera comunión de los niños que hubiesen cumplido nueve años; que debían mandarles todas las tardes a la doctrina, la cual estaba a cargo de señoritas muy piadosas y entendidas.

Doña Dolores tembló. Aunque no lo pareciera, ya Sol estaba en días, pues se andaba por los diez.

—No se por qué no me había dado cuenta —clama—. No cargo más con este pecao. Sea como se fuere, muérase quien se mueriere, hay que sacar tiempo de donde no lo haya para mandarla a la doctrina.

La niña bailó de contenta.

Las **Hijas de María** hacían de misioneras, y Tea era una de las más entusiastas.

El sucedido fue que, convencida Dorotea de que la fortuna no le sopla por los lados de lo temporal, echó por el de lo eterno. Ella se hizo cofrade de todas las cofradías; congreganta de toda congregación piadosa, y de las más activas, cumplidas y dadivosas. En el sagrario, allí en el sancta sanctorum, está el **libro de oro**, regalo de Tea, el libro que guarda los nombres de los adoradores y adoratrices con el suyo a la cabeza. Por esos lados la esquiva fortuna debió soplarle, pues ya se la veía codeándose y tratando de potencia a potencia con la flor y nata del señorío parroquial.

También se la veía alejada de sus antiguas amistades, por no pertenecer las dichas amistades —lo decía la misma Tea— a la aristocracia del lugar. Y la aristocracia del lugar cuchicheando que aunque Tea se tenía ya por toda una señorita de cogollo “pasada por cabildo”, se le veía el cobre a leguas.

Pero Eulalia, siempre encastillada en su orgullo de noble y hermosa, no se rendía; que jamás dejó de ser Tea para ella la ña, metamorfoseada en doña por obra y gracia del tesoro de marras.

En su ascenso iba ya Tea de secretaria de la misionera congregación, y llevaba siempre consigo, a modo de pectoral, la insignia —una ancha cinta azul con la medalla de la Inmaculada.

Con mucho arqueo de cejas y mucho repulgo sentimental, juraba Tea no haber amado jamás a un hombre nacido de mujer, y que, ¿casarse?, ni con el sol dorado. Pero nadie se lo creía.

A Sol le tocó ser su neófita, y entre estas era Dorotea la señorita Tea”.

—Vea mamá —decía Sol— ya sé la doctrina enterita; no me tropieco en nada ni me tienen que corregir. Y la señorita que jamás me da un premiecito; y si viera las colaciones que les da a las otras, y unos muñequitos de loza, chiquiticos, de lo más queridos. Si los viera... Si yo tuviera papacito, él me daba un peso para comprar uno.

—Usted que será bien rudita; pues ya tan grande.

—Yo soy la única que digo los artículos a la carrera... Y los artículos no son catorce, mamá; son diez y seis.

—Pues será que les han añadido —contesta distraída.

La niña suelta la tarabita: “Los artículos de la fe son catorce...” Y con dejo adormecedor, acaba: “Deben añadirse dos: el de la Inmaculada Concepción y la in... in... infalibilidad del Papa”.

—Y la señorita nos dijo que las madres nos ayuden a examinar... Yo me tengo que confesar, mamá, de que quebré la sopera... y de que un día dije negra a una muchacha que me arremedó... ¿De qué más, mamá?

—Si se ha juntao con sirvientas y con muchachas de la calle se acusa, y no lo vuelve a hacer.

La niña con viveza:

—Yo acaso me he ajuntao... Pero de que cuando estoy jugando con la muñeca, y usted me llama, no le hago caso y la hago llorar, sí, mamá...

La señora nada decía, y la niña continuó:

—Y que velé viendo las muñecas del árbol de Navidad y le dije mentira... El padre siempre me va a tirar las orejas, mamá... Récele a Santa Ana pa que no me de miedo...

Era viernes, sonaron las tres de la tarde, y la señora rezó tres credos.

La niña, que se había quedado pensativa, torna a hablar:

—Y qué le parece, mamá, que la señorita le dijo a Camila y a otras que no se juntaran con mí, porque ando la calle cargando aguamamas, y aprendo cosas...

La madre no dijo una palabra, pero en el semblante se pintaron la rabia y el dolor a un mismo tiempo. Pero Eulalia...

—Que no le fueran a ella —despotrica— con cucarachas de sacristía, de esas que andan siempre de husmeo para ganar indulgencias con el señor cura, llevándole lo que era y lo que no era... Y esa que ladra por casarse y no diz que le gusta, ¡ay, ay! Mamá, saque a Sol de esas garras. Allá hay maestras iguales a nosotras y que sí son piosas de verdad.

Sol se confundía oyendo a su hermana. La niña ya estaba al tanto de que en la doctrina iban a darles vestido a los niños pobres. Y, ¿quién más pobrecita que ella? Ya le hablaba a la muñeca de su traje nuevo, un traje que no era ese sobrado (20) que Eulalia le enrostraba cada día.

Lo delicado del oído y lo dulce de la voz, llevaron a Sol al coro que debía cantar el himno en la procesión de San Luis.

Ya la niña se veía engalanada con ese traje, y en la plaza, en medio de sus compañeras, haciendo oír su arpegio.

El doctor iba a decir que ella cantaba muy bonito.

Y se acerca el gran día. El comercio exhibe todo lo blanco; se pide a las amigas y parientas de Medellín lo que no se consigue en el pueblo o lo que se juzga que sale más barato. Las doctrinadoras se reúnen en concilio para escoger a los neófitos en sazón y a los acreedores a vestido. La opinión se inclina en favor de Sol. Pero la señorita Tea declara que no; que es una niña de muy malas mañas, un animal que no ha podido aprender a decir ni yo pecadora. —Ai donde la ven —alega— tuvo alcances para pedirle a misiá Pastora plata adelantada por tabacos, diz que para la enfermedad de la mamá. Con seguridad que fue para hartarse de porquerías, porque el pueblo tuvo que cargar con la enferma. Y el pan debe ser repartido; todo no ha de ser mantenerle la pereza a una y el orgullo a la otra. Y Soledad aprende muchas cosas feas por ai en la calle, y con las sirvientas.

—A esa niña hay que prepararla muy bien. Lo digo porque la conciencia me obliga.

A la vecina le cuchichea:

—Lo que me duele mi traje de Java. Se los mandé por bueno, niña, pues no quería hacer la ofrenda de Caín, y el domingo vi a una montañera con él. Se les caía la corona a la princesa Blancadehambre y a la Aguatibia en totumita, si se lo ponían... Me dio una rabiecita, niña, que es pecao que tengo que llevar mañana al cofesionario.

La confidente, riendo, se lo cuchichea a la vecina, y esta a la otra, y la otra a la demás allá; y ríen, aspavorosas, y compadecen a Tea por tener que llevarle ese pecado al señor cura.

Ya estaba para ser levantada la sesión cuando, poniéndose en pie una joven alta y de semblante muy dulce, manifiesta que por caridad, por justicia y por sus cordiales amistades con la familia de Sol, se veía obligada a manifestar que la señorita Tea estaba muy mal informada en lo de ser Sol niña de muy mala ley; que era un angelito, una seda; que ni con muchachas de la calle, ni con sirvientas, había tenido dares ni tomares, porque tanto doña Dolores como Eulalia, vivían vigilantes...

No pudo continuar, porque Tea, que se agitaba en el asiento mirando a una y a otras, súbito levanta el gallo, afirmando que sí; que la niña era una vagamundita, una desaplicada, una mataperros; que ella lo sabía muy bien porque una vecina muy verídica la mantenía informada de todo...

La otra oía sin inmutarse, impasible; y segura del golpe que iba a asestar, a su vez irrumpe para decir:

—Esa vecina, así tan verídica, no puede ser otra que mana Bárbara, digo... su tía Bárbara Bedoya.

El golpe fue asestado entre ceja y ceja, pues Tea, fuera de sí, manoteando, resoplando y clavando aquellos ojos como dos bocas de fuego en su interlocutora, vocifera:

—Sabe lo que hay, niña, que usted es una solapada, que cuando se junta con esas no hacen más que hablar de mí, porque me tienen envidia... Sepa que los Bedoyas también venimos de España. Que lo diga el señor cura...

“La ira pierde el compás”, al decir de las gentes, pues continuó así:

—Ni ti, ni esa vieja... (la palabrota fue estilo de Cambronne), ni las labecenizas de sus hijas, me importan un bledo... A tu casa, ni a deshacer los pasos... Y no me volvás a hablar, te lo pido por favor, sooo...

La otra, siempre serena e impenetrable, se clava de rodillas, levanta al cielo la mirada y cruzando las manos sobre el pecho, entona fervorosa:

“Te Deum laudamus: te Dominum confitemur...”

(A vos, oh Dios, os alabamos, a vos por nuestro soberano Señor os confesamos...)

Cuenta los que tal vieron y oyeron, que ni ojo vio, ni oreja oyó...

En el confesonario Tea se acusa de haber tenido “una rabiecita” y “una rabia muy grande”, todo por haber dado una limosna y haber evitado que una niña cometiera un sacrilegio. En la relación, que el confesor en vano bregaba por evitar, figuraban: “una señorita que se creía bajada de las estrellas; un amartelado médico que no creía en Dios ni en Santa María y que iba a dejar a la tal “mirando para el páramo”; otra señorita que había cometido el gran pecado de insultar a la penitente con el **Te Deum**. Pero los pecados de rabia y rabiecita, al decir de esta, eran tortas y pan pintado comparados con el de la palabra que se le había zafado en la rabieta.

—Padre, no se cómo decirlo... Yo manché mis labios con una palabra muy fea... En vez de decir el nombre de una señora... Usted me va a matar... Una palabra, Padre... No me obligue... Tal vez entienda así: es una palabra que la gente dice del que es muy lamentón... y que va antes de lástimas...

—Hija —musita el sacerdote interrumpiéndola— esas palabras son vulgaridades... y ya estoy cansado de decirte que no debes confesarte de los pecados ajenos sino de los tuyos; que aquí no se viene con excusas; que no debemos extrañar el que nos devuelvan mal por bien, porque toda limosna debe darse en nombre del Señor, olvidando, si es posible, a quién. El diablo puede atacarte por los lados de la vanidad y la envidia. Témelo mucho. Voy a darte la absolución, porque no me atrevo a creer que no

tengas dolor y arrepentimiento, y, como debes saberlo, este es tribunal de perdón, en que el penitente es reo y acusador al mismo tiempo. Vas a reflexionar en calma; vas a recogerte en tí misma, después de invocar el auxilio divino, para que conozcas si verdaderamente has tenido pureza de intención, impidiendo que esa niña haga la primera comunión. Desmonta tu alma pieza por pieza como aconseja San Francisco de Sales. Esa es la penitencia que te impongo, y te mando que no comulgues hoy.

—Padre —suplica Tea— y mis viernes del Corazón de Jesús; con este ajusto siete.

—Los vuelves a empezar.

Y sin dar tiempo a las réplicas que presentía, el confesor masculla las palabras sacramentales.

Alegres como pajaritos van las niñas para la doctrina. Camila, la niña de doña Rosaura, la comunica a su compañera:

—Mi velo es de gasa de seda... Si vieras la vela tan linda que me encargó mi mamá a Medellín, con dibujitos de oro...

—A mí también me van a comprar mi velo de gasa, y mi mamá me está haciendo ya la corona de rositas blancas, de lo más queridas.

Sol que iba pensando en su traje, el que iban a darle en la doctrina, por todo lo que sabía, metió su cuarto a espadas, con una viveza inusitada en ella:

—Niñas, misiá Pastora dijo que velos de seda no se usan, que los que se usan son de linón imperial.

—Vos qué sabés replica Camila con gesto despectivo. Porque sos pobre y no tenés nada. Acordate de mi bata que te di.

Y la otra, precipitando el paso para retirarse de Sol:

—Nosotras no nos ajuntamos con vos porque nos decís palabras, que nos dijo la señorita.

Sol bajó los ojos, y continuó sola cual oveja descarriada.

Atafagada, la señorita Tea trabaja con los niños, que en fila y con los bracitos cruzados, la siguen con la mirada.

—A ver. ¿Cuando uno se arrodilla en el confesionario qué es lo primero que debe hacer?

—Persinarse —gritan todos.

—¿Y qué más?

—Rezar el Yo pecador.

—A ver, Soledad. ¡Pero si vive embelesada! Diga usted el Yo pecador, pero recio, que la oigan todos.

La débil niña, fija en la señorita y esforzándose en vano por levantar la voz:

—Yo pecador me confieso...

—Parece que no hubiera comido en todo el día. Y usted no es hombre, no sea animal. ¿Jamás aprenderá a decir yo pecadora?

Todos los niños vuelven los ojos a Sol que, trémula por susto, torna a decir, apagada la voz:

—Yo pecador... ¡eh! Yo pecadora...

Los niños se tapan la boca con las manos para no reír. La doctrinadora, clavando en la niña las medrosas pupilas, y agarrándola de los hombros para colocarla de frente, trina:

—¡Cuándo había de salir con algo!... A ver, usted, Camila, usted que sí sabe hablar—. La voz de Camila resuena en toda la iglesia.

—Examínense bien esta noche. Recuerden si les han contestado con malcriadeza a sus padres; si no les han hecho caso; si se han robado algo: una tajada de quesito, algún bizcocho, cualquier cosa; si han dicho palabras feas. Hay que decir toda la verdad; ni disculparse, ni agravar la falta. ¡Dios los libre de un sacrilegio!...

—¿No querer ir uno a la escuela, es pecao, señorita?

—Cómomo no; eso es desobedecer, y el desobediente no va al cielo.

—Y confesao uno, sí se va pal cielo, sin chamuscarse las alitas en el purgatorio?

—Bien confesaíto, además; ¿no ven que eso es señal de predestinación?

—¿Cómo semos en el cielo, señorita? —interroga una preciosa niña, saliéndose de la fila.

—Muy bonitos, prenda. Allá todos somos más bonitos que vos.

Sol, que está muy triste, repitiendo “yo pecadora”, mirando primero a la niña y luego a la maestra, observa:

—Pero antós será, señorita, que nos desbaratan y nos vuelven a hacer...

Algunas ríen, y la vecina empuja a Sol con el codo, mascullando:

—No sea boba, niña.

La señorita, poniendo los siniestros ojos con desprecio profundo en Sol:

—Siempre pensando en bonituras la María Cachona. (Ya se ve, si en su casa no ve otra cosa). Niña, por Dios, no sea vana como... (Séllase los labios con la señal de la cruz). Y usted está muy atrasada; no puede hacer ahora la primera comunión. Ya sabe que no vuelve a la doctrina para que no les quite el tiempo a estos niños. Esto no es cosa mía; fue resolución del Consejo. Por eso no se le da vestido. Los dos que correspondieron a esta sección, están destinados para dos niños que lo necesitan más.

—Los niños se miran unos a otros como asustados, y Sol llora escondiendo la cara entre los bracitos cruzados.

—Mejor es que se vaya de una vez —trina la maestra— para que no le sirva de tentación a los otros... Pero es ya.

Y apañándola de un brazo, casi arrastrando la lleva, hasta media iglesia; le muestra la puerta extendiendo el brazo con todo y castañeteo. La empuja y regresa musitando:

—Por esta Blancadehambre interrumpí mis viernes... Me dan ganas de amasarla.

Las filas de niños y las maestras, cual si presenciaran la ejecución de un criminal, permanecieron quietas y calladas.

La señorita Tea, jadeante, se dirige a los niños:

—Eso de noviecitas es otra cosa muy fea. Cuando estén grandes y puedan casarse, no digo nada... Pero no picar de flor en flor; porque enamorar una joven y dejarla burlada es pecado muy grande.

—¡Cómo les decís eso! —le observa a la señorita una de sus compañeras.

Fulgurosa la mirada y en tono confidencial, contesta la señorita:

—Es que los hombres son tan pícaros, ala, y si no se les forma el corazón desde niños... No debemos perder la oportunidad con estos. Ahora que están tan contritos, les entra.

Y dirigiéndose a las niñas:

—En ustedes sí que es cierto que es pecado eso de los noviecitos. Una niña virtuosa no debe jamás pensar en eso, que la pureza es la virtud de las virtudes. Eso de vivir pensando en casarse desde chiquitas...

—Mi mamá se casó con mi papá, señorita, antós pecó —interrumpe un chico cabezón, sacudiendo las manos.

—Pues la mía también.

—Y la mía, phs.

—Por eso no se ha casado usted, no es...

—¡Chitón! A sus puestos —grita la señorita, ordenando la fila. —El que chiste no hará la primera comunión.

El silencio se restablece.

—Ahora, derechito para sus casas, a estar muy formalitos y a examinarse bien, y cuidadito con salir ahora a poner en pico lo que pasa aquí, que eso sí es mucho pecado.

¡Pero las niñas contenerse...! Se les apostemaba.

—Pobrecita Sol —decían a sus madres— la señorita la rumbó, como a un perro y le dijo María Cachona y la arrempujó... y es que se le olvida decir yo pecadora... y lloró más...

Cabizbaja y melancólica entra Sol a su casa, y sin decir una palabra se acerca a la mesa donde doña Dolores hacía los tabacos, apoyando la demacrada mejilla en su manita de ex voto. “¡Ah! —pensaba— y si yo me pudiera confesar bien confesáita, pa morirme yirme derechito al cielo!”

Doña Dolores le pregunta si está enferma.

—Yo no, mamacita; es que la señorita Tea me tiene mucha tirria y no me deja hacer mi primera comunión; me dijo María Cachona... pero es por no darme mi camisoncito...

Doña Dolores sorprendida:

—¿Quién no va a confesarse? Imposible m'hija. Aunque sea con una de las mechitas que tiene. El pobre no puede pensar en embelecós. Ya está muy grande y yo no incurro más.

Pero luego que la niña la puso al tanto de lo sucedido, se fue al señor cura.

Este le habló de lo serio del acto; de no estar la niña bien preparada y de aplazamiento de la comunión para diciembre.

—La niña —añadió— no tiene contentas a las maestras; es perezocita y cabecidura. Le aconsejo también que haga todo lo posible por apartarla del trato de las sirvientas. Aprende cosas que no le conviene saber.

Flaca, pálida, espectral, se levanta la señora, con la dignidad de su antiguo rango.

—Padre —dijo con voz enronquecida— Dios me perdone, pero todo esto es obra de Dorotea. Dorotea es cruel abeja y no puede ver a mis hijas. Mi pobre Sol es la cordera que carga con los pecados de ellas. En usted descargo el pecado, ya que no quiere que la niña haga ahora la primera comunión... Ojalá usted la examinara; si es un angelito de mi Dios.

¡Amaneció el gran día, ese anhelado veintiuno de junio! Era una mañana de sol, de olores, de brisas retozonas. Las golondrinas, alineadas como para un despejo, charlan y se besan; los gorriones charlan y pelean. El penacho de chorros de la fuente, juega con la luz y con el iris. En el cielo rizadas nubes y gallinazos remolineando; sombras fugaces; repique de campanas; arpegios de un sinsonte (21) enjaulado; reverberaciones. Una paloma que se detiene en el borde de un tejado para recibir caricia nupcial, y las neófitas, como bandadas de blancas mariposas.

—Hija, —le dice doña Dolores a Sol— que siquiera le toque la misa. Oigala con mucha devoción, y pida por el alma de su papacito y por nuestros enemigos...

La niña que parecía descartada de toda ilusión y de todo deseo desde la tarde en que fue arrojada del templo como una excomulgada, esforzándose por contener las lágrimas, contesta:

—Mamá, quién seca el almidón y quién trae agua...

—No, m'hijita, eso lo hace luego. Imposible que se vaya a quedar sin la misa; y mi Dios que les oye tanto a los niños. Váyase y pida por nuestros enemigos, no se le vaya a olvidar, por los que nos hacen mal.

Sol se resigna.

La iglesia viste de gala. Resplandece la custodia. Entre una constelación de luces temblorosas, entre ramos de azucenas, que son un himno a la virginidad, San Luis Gonzaga de rodillas y en oración; los humildes ojos puestos en el Cristo de oro que sostiene en las pálidas manos, y sobre el pecho, la simbólica flor. A los pies, la corona real y el cráneo del asceta. Un haz de luz, teñido con el iris de las ventanas, cae sobre la tonsurada cabeza del oficiante como una aureola. Rutila el primoroso bordado de los ornamentos, deslumbra la estriada plata de los candelabros, relampaguea el áureo bruñido del tabernáculo. En gorjeos, atropelladas, trémulas, se derraman por las naves las armonías del coro. Cual vellón escarmenado sube el incienso prendiéndose de los rayos del sol, y se aspiran, mezclados, los místicos aromas y el embriagador efluvio de las flores.

Una lluvia de cándidos pétalos cayó sobre la alfombrada calle que forman los niños. Allí los de inmaculado chaleco, ceñidos los brazos con flotantes cintas, y los de pobre limpieza; allí las niñas sin más tocado

que sus destrenzados cabellos, y las de rezagos de antiguas coronas; allí las de ajado cendal prendido con los azahares, polvorientos ya, que cayeron en el secreto misterioso de una noche de bodas; allí esas de nítidas flores, de amplios velos y dorados cirios, albas túnicas y limosnero de encaje, en quienes Sol pone los soñadores ojos con dolorosa tristeza. La niña suspirando y bañada en lágrimas, musita: —“Allí estuviera yo con mi vestido si la señorita Tea me quisiera...”.

Esas niñas iban a entrar a la Congregación de Hijas de María, lo que Sol tanto había anhelado. Cuántas veces se vio en sus sueños llevando la insignia, esa cinta con la medalla de la Virgen, que era para ella adorno y blasón! Pero la señorita Tea allí con sus felinas pupilas! Un sentimiento indefinible lleva la mirada de Sol a la custodia, donde ella sabía que estaba Dios: “Aunque no me hagás Hija de María” —suplica— “con tal que me dejés hacer mi primera comunión.

El velo, donde se rompe las entrañas un pelícano de ricas perlas, apaga el resplandor de la custodia; el orador envuelto en níveas ropas se postra de rodillas para recibir la bendición. Desde el afiligranado púlpito donde aletea la paloma de la Verdad habla de la eucaristía, “ese vino que da la castidad y la conserva”, de los cilicios, de la humildad de San Luis, de la pureza del niño que jamás admitió las caricias de su madre porque eran caricias de mujer.

La señorita Tea aprueba, y con la cabeza y con los ojos llama la atención de sus discípulos.

El *Sursum corda* se eleva tembloroso y el *Sanctus*, apagado.

Las campanas anuncian pausadamente el sacrificio, una luz más aparece junto al ara. Callan las armonías del coro, callan los esquilonés... todo calla... En ese momento en que el silencio es salmo, la Hostia expiatoria, enredada en hilos de humo aromático, sube cándida, lenta. El bordado estandarte de San Luis se rinde; humilladas ríndense las cervices; los párpados se abajan; cada pecho gime una súplica. Los labios de Sol con tenue sacudimiento, murmuran: “Por las enemigas de mi mamacita, por el alma de mi papacito”.

Cirios que se encienden, algo así como aleteo de blancas palomas que se disputan el grano, son el prelude del anhelado instante. Caen los niños de hinojos. Tímidas se asoman las lenguas, y se posa en ellas la Hostia cándida. Desgránase del coro un canto de alabanza. Lloran las madres de felicidad. ¡Dios abraza las almas inocentes de sus hijos! Sol no llora, pero, bajando la cabeza, murmura desconsolada: “Si se murieran, se iban derecho al cielo, y yo no...”.

Al regresar de la iglesia, Eulalia, sin percatarse de la tristeza de la niña, le observa con aspereza:

—Cuenta cómo se te ocurre ir de perra velona al refresco, allá donde está de mandona esa cucaracha de sacristía. Lo menos que hará será mandarnos el sobrado de frisoles para hacer obra de caridad y la ofrenda de Abel.

El regaño recordó a la niña que había refresco. Y tanto como lo había deseado! Ella fue testigo de la discusión sobre si el mantel debía ser blanco por tratarse de primera comunión, o de color como era de ritual; si debía llevarse vino o kola (22), esto o lo otro.

Ocupábase la niña en colar almidón. Doña Dolores le dice cariñosa:

—Ya dejaron pa la procesión, hija. Váyase que yo hago eso.

—Yo no voy, mamá.

—¿Por qué no, hija? Si está muy limpiecita y se va con mi pañolón.

—No es por eso, mamá.

La niña hace pucheros.

—¿Pero por qué llora, qué tiene m'hija?

Forcejando por contener las lágrimas, contesta Sol, que sin haber colgado para qué...

—Y sin cantar... Mejor es que no me vean...

—Cita! —suspira la madre.

Y volviendo las espaldas a la niña, erguida como la justicia, busca con los ojos la casa de Tea, mascullando: "Por esa hipocritona". Perdonála, Señor.

Pero para no ir en busca de aguamajas, sí no había excusa.

Con su eterno compañero, el calabazo, sale Sol triste y despaciosamente. Detiéndose en la puerta para dar paso a una señora severamente vestida de negro —"Faustinita"— la decana de las maestras de escuela, que no se había casado porque dejando el magisterio, quedaba su familia sin apoyo. La grasa de los años le había trocado en la serena majestad de la matrona virgen la proverbial elegancia de su juventud. Al topar con la niña, la maestra se detiene también y acariciándola con su mano señorial, una mano blanca donde resaltaba un lunar cual negro pringue, le dice con amable sonreír:

—Por estar buscando aguamajas no hiciste la primera comunión. Ya estás muy grande...

—Grande no —sale diciendo doña Dolores— pero vieja sí.

—Es que las marrullas no la dejan crecer. ¿Y usted cómo está señora? Muy alentadita ya. Mucho que me lo he alegrado.

Doña Dolores habla de sus achaques, de los inconvenientes para Sol haber hecho la primera comunión, y de ser un milagro ver por allí a Faustinita.

Esta se disculpa con sus tareas, prometiendo visita de un medio día, "visita de comadre", el sábado menos pensado. Y volviendo a mirar a la niña:

—Me tiene que mandar a Sol a la escuela. Es mucha lástima que se vaya a quedar así hecha un animalito.

—Pero cómo, Faustinita; se me va la vida; si es mis pies y mis manos. Ella vive loquita.

La señora todo lo allanó, y quedó concertado, que a pesar de estar cerrada la matrícula, y tan avanzado el año, la niña iría a la escuela un rato en la mañana y otro al medio día, luego de pasados los asuetos de julio, y que todo inconveniente se vencería para que en diciembre hiciera la primera comunión.

La niña miraba a la maestra con esa mirada fija y triste del infeliz agradecido.

Esta, tornando a acariciarla, y siempre sonriente:

—Tienes muy lindos ojos, y frente de persona inteligente. Si te aplicas vas a aprender mucho.

—Dele las gracias, hija. No sea bobita.

Agachando la cabeza, emocionada, la niña apenas murmura:

Muchas gracias, señora.

Sin darse cuenta, Sol sigue a la señora, que iba para el refresco; y cuando menos lo piensa se ve en medio de la gente, que curiosa se apelo-tona en las puertas y ventanas de la escuela: cargueras (23) con las criaturas chupando dedo, dormidas sobre los hombros; sirvientas que todo lo impregnan de olor a cebolla y cominos; enjalbegadas damas del *habeas corpus*; tiznadas carboneras, leñadores hilachosos, el pueblo entero.

Sol entra.

Campesinas y mujeres del pueblo que se creían con derecho por tener allí a sus hijos, llenaban el salón ocultando las margaritas en flor que se andaban por ahí en rústicas *materas*. Solo el florero central —obra de Tea— una gran lira de azucenas con gallardete y dorada inscripción: “VIVA LĀ PUREZĀ!” se levantaba dominador.

El fleco de un pañolón derriba un lujoso frasco y rompe un vaso.

—¡Los vasos prestados y el botellón de doña Rosaura! —grita desesperada la señorita Tea, llevándose las manos a la cabeza—Para afuera todos. Upa, ¡todos!

Y agitando los brazos espanta al gentío como si espantara gallinas.

—¡Hasta Soledad aquí con el calabazo! Valiente criatura, si la ve uno hasta en el caldo de los... (agarrándola de los hombros y empujándola). ¡Salga con ese calabazo que apesta!

Faustinita, palmoteando las agudas paletas de Tea, como se palmea una bestia arisca:

—Déjame a Sol, querida.

—Si esa es una sinvergüenza... Y ese calabazo, Faustinita.

—No le hace, déjala, que ella va a aplicarse mucho y a ser un modelo para hacer también su primera comunión.

Sol mira a su protectora con mirada de perro agradecido.

Tea recibía felicitaciones de todos por lo bello del florero.

—No me halagarán la vanidad —contestaba radiante y satisfecha—; hice examen de previsión, y se lo dediqué a San Luis. Si algo tiene de bonito fue porque él me lo inspiró; y si tiene algún mérito ante Dios, que buen provecho les haga a las benditas ánimas, que les tengo hecho el voto heroico.

Sol, resguardada en un rincón sin soltar el calabazo, pasea sus atónitas miradas de la maestra a las chucherías y golosinas de la mesa. Faustinita era su ángel bueno. Nadie en el mundo le había hablado más dulcemente. La niña se sentía atraída por ella como el justo por el cielo donde está su felicidad. Le parecía la más hermosa de las mujeres y sentía impulsos de abrazarla como abrazaba a su mamá.

Faustinita dirigiéndose a ella:

—Pero niña —le dice siempre amable— ¿cómo te estás allí con ese calabazo? Escóndelo en ese rincón para que Tea no te vaya a regañar, y toma estas galletas para que te vayas entreteniendo... Muy quietecita allí.

Los niños de la mesa ofrecían de sus golosinas a sus amigos y parientes, agrupados a las puertas por cabecidurez.

El señor cura, don Salvador con otros caballeros y señoras estaban allí haciéndoles atenciones a los niños.

—Qué contento debe estar usted don Salvador —le dice a este Faustinita— con Camila tan santica hoy. Este es un día muy grande para los padres y las madres de estos niños. Misiá Rosaura sí se ganó la indulgencia plenaria concedida a los padres que comulgan en este día. Allá la vi. Usted sí no (haciendo un mohín acariciador); es que los hombres son siempre tan duritos.

—¡Los hombres! No me digan a mí de los hombres —interrumpe Tea volviendo a otro lado la cabeza para toser, y mirando de reajo al doctor, que también se andaba por ahí de curioso observador— si se salvan es por todo lo que las mujeres pedimos por ellos.

—No sé, Faustinita —contesta don Salvador— no sé qué decirle. No vaya a escandalizarse: esta fiesta que a ustedes las entusiasma, a mí me contrastra. Veo que la inocencia se va; que para estos niños tener el alma limpia, de hoy para adelante, tienen que hacer lo de nosotros, confesar y comulgar.

—Nuestra religión siquiera tiene este sacramento; en las otras se pierde la inocencia y sin medios para recuperarla, porque no tienen el arma de la comunión... Es una dicha tan grande recibir a Dios como estos niños. ¡Ya nos quisiéramos nosotros sus pecaditos! Pero hay que enseñarles desde ahora a buscar el perdón por las faltas cometidas, el arrepentimiento de haber obrado mal, y la gracia que es lo único que fortifica la buena voluntad.

El doctor Jorge mete su cuarto a espadas:

—¡Qué hermosa es la fe! Yo diera lo que no tengo por recuperarla.

—Las creencias infundidas en la niñez, no desaparecen, doctor —dijo la señora con su delicada suavidad. Las oraciones de su madre, que debe ser una santa, se la devolverán.

—Mi madre... —replicó el doctor conmovido— mi madre era una santa; y si yo creo en otra vida, es por acariciar la idea de que ella vive. Los médicos, señora, tenemos la piedad por anemia del alma; buscamos el alma con el bisturí, y no la encontramos. Ustedes no la buscan... Pero, ¿a qué hablar de esto en esta hermosa fiesta?

Y tomando un florero, el doctor le observa a su interlocutora ser una joya de mucho valor.

—Vea, señora, qué hermosa decoración, el dibujo es hecho a pincel, y una escena del tiempo de Luis XIV... ¡Ah! si lo vendieran.

—Es de la iglesia, doctor.

Y con transparentada y amable malicia:

—Fue de doña Dolores, la señora madre de Eulalia.

El, que todo lo comprendió, sonríe diciendo:

—Todo lo de esa señora es noble y bello...

Camila ofrece de sus golosinas a Sol, y ésta tímida y balbuciente, se excusa de recibir las. El modo como Sol rehuía el obsequio denunciaba su resentimiento.

—No me dejés, ole, con la mano estirada —suplica la otra—. El padre me dijo que te pidiera perdón por lo que te dije el otro día, y que no fuera vanidosa porque mi Dios podía empobrecernos también... Y ahora vamos a mi casa para mostrarte la muñeca que me regaló mi papá, y todos mis registros.

La amiga de Camila, volviéndose a Sol, interrumpe con viveza:

—Nosotras sí nos ajuntamos con vos, niña. A mí también me regalaron un librito muy querido y te lo voy a mostrar.

La maestra y don Salvador presenciaron esta escena, adivinándolo todo.

Ella le observa.

—Vea, don Salvador, todo lo conveniente de la confesión.

—¡Ah! señora, cómo negarlo. Yo estoy feliz con Camila, pero no puedo menos de lamentar el que su inocencia se va.

Sol se ve de repente a qué quieres boca. Las niñas, Faustinita, el doctor mismo le ofrecen vino y golosinas. Todo le vuelve los cascos y sale con las dos niñas sin acordarse del calabazo. Allá se quedó en el rincón con la abierta boca perseguida por las moscas.

Sin pesares, sin deseos, alegre de verse allí, la niña prendida de las faldas de Faustinita para defenderse de Tea, presencia la solemne ceremonia: los niños, uno a uno, con las manitas extendidas sobre los santos Evangelios y con trinado acento, renuevan las promesas del bautismo.

En casa de don Salvador hubo también gaudeamus.

¡Las exclamaciones de Sol, los éxtasis delante de aquella muñeca que decía mamá, que cerraba los ojos!.

Don Salvador lo nota, y evocando el recuerdo de su amigo, le promete una para el día que hiciera ella la primera comunión.

Con los ojos chispeantes y encendidas las mejillas, la niña con despejo inusitado, exclama:

—¿Su verdad, don Salvador? ¡Qué encanto! Voy a decírselo a mi mamá.

Doña Rosaura, poniéndole en la mano a la niña un charol de pastas y dulces le dice:

—Me saluda mucho a su mamá y a las muchachas; que así les manda Camila como recuerdo de este día tan grande... y me vuelve a traer el charolito.

Fulgúrea y sudorosa entra Sol a su casa.

—Yo no soy fea —repite— tengo ojitos muy bonitos y soy inteligente. El doctor y Faustinita dijeron. Soy bonita... y don Salvador me va a dar una muñeca... ja, ja, ja.

Y bailando, abraza por las piernas a unas y a otras.

Doña Dolores que tiene un pedazo de galleta en la mano y otro en la boca, dejando de mascar, sorprendida y asustada, exclama:

—¡Por Dios! ¿qué tiene hija?... Comió borrachero, ¡diga qué comió!

—Comí confites, comí galletas, ¡de unas más bonitas! comí chirimoyas, bebí vino. ¡Más sabroso! No le traje porque no tenía un frasquito... ja, ja, ja.

Ve la niña un gusano santamaría (24) arrastrándose por el suelo. Lo coge. Las hermanas se horripilan.

—Voy a echárselo a la señorita Tea que no me dejó comulgar; a Faustinita tan querida no, a ella voy a darle del clavel de mi mata.

—Esta niña está loca, botó el calabazo y todo...!

—Allá se quedó en el refresco... Y yo no cargo más aguamajas... Mentiras, mamá, que yo sí soy formalita como María Estrellita... Voy a ir a la escuela... Ya tengo amigas.

—El vino, mamá —barbota Eulalia enojada— ¿Cómo la dejó ir allá?

—Una agüita tibia —grita doña Dolores—.

A renglón seguido:

—Agua tibia no, que si arroja lo que ha comido no le alimenta.

—Tres copitas no más.

—¡Tres! ¡Virgen sagrada, primero santificada que criada...! Y tan débil como está; y ella que en la vida de Dios lo ha probado. La niña tambaleando busca el apoyo de su madre y se dobla flácida.

Masculla:

—Qué sabroso voltea el mundo... qué sabroso...

Así que el susto le calmó, doña Dolores piensa en el calabazo. ¿De dónde sacar otro? Hubo de mover cielo y tierra; porque el un maestro tenía la llave; que el otro; que el inspector local; que no la prestan porque allá hay mucha cosa ajena y se pierde. Pero doña Dolores no cesa hasta conseguirlo.

Todo fue parte para Sol volver a sus muertas ilusiones. El clavel, que ya estaba para florecer, se lo ofreció a Santa Ana, para que le hiciera milagros como a su mamá: "Todos los que eche la mata, son para vos; pero ya sabés, me das mi muselinita y me dejás hacer la primera comunión". Y todos los días, a mañana y tarde, regaba ese clavel, su única propiedad en el mundo, y le contaba los botones. Era eterno... "Ese clavel no abre jamás, mamacita, cuándo será ese cuándo!"

—Mamacita, ¿cuántas amanecidas faltan para el primero de agosto? —era pregunta diaria—. Pero ir yo a la escuela sin saber nada, y tan grande... Apenitas se la doctrina.

—Pues eso es lo principal, m'hija, porque sin saberla es muy trabajoso salvarse.

Por fin amaneció ese primero de agosto. Esa noche, qué iba a dormir Sol. Tenía que madrugar para la escuela; y madrugó a **juntar la candela**; a darle comida a ese marrano, de quien era humilde esclava.

Al gusto de ese amanecer se unió el de la flor. Al verla, se detiene; lanza un ¡iiih! y retrocede loca a dar la gran noticia.

—¡Abrió el clavel! ¡Levántesen y verán! ¡No se ha visto nada más lindo!

Experimentó algo así como el rubor del chasqueado con las respuestas dadas entre bostezos.

—Ahora.

—No hay afán.

—Está haciendo mucho frío.

Torna la niña al clavel, y se para en muda contemplación. La flor agachada, cubierta de sonrojos, mecida por tenue brisa, la perfuma. La niña se dobla, aspira con delicia los perfumes, y sin osar tocarla, le habla cariñosa:

—Ahora que venga de la escuela te cojo y te pongo a Santa Ana, porque sos de ella, sabélo. Y estás muy hermoso, más hermoso que los de misía Pastora...

El rosicler de la aurora sonroja las nubes y transfigura la palidez de la niña, así como la alegría transfiguró su alma. Asoma encarnado el sol, y sube, y se destiñe. Un rayo baja derecho a besar la flor. La flor, cual virgen que recibe el primer beso, se ilumina, se estremece y deja caer su lloro de rocío.

Solo porque sus tareas y el tocado la reclaman, se aparta la niña del clavel. ¡Tenía que ir tan limpia a la escuela! Y fue que parecía una plata.

Hubo de esperar en la puerta su buen espacio por haber llegado mucho antes de la hora reglamentaria.

—Te hiciste, querida, el lavado del gato. Vení siempre así muy limpiecita, —fue el saludo de la maestra.

La niña animada por esa caricia, le cuenta a la señora que ya le había florecido el clavel, que era lo más bello de la vida y le promete una matica, pero eso sí, sin que la misía Pastora fuera a trascenderlo.

En el aliento conoció la señora que Sol estaba en ayunas, y cuando le llevaron la **media mañana** (25) —una rica taza de café con leche rodeada de exquisita “parva”— reservó una tajada de pan, y a hurto de las otras niñas, la puso en manos de Sol, diciéndole, que era el cebo con que ella atraía a sus discípulas, que se fuera a ayudarle a su mamá.

La niña sabía que su mamá tenía fatiga; que si aguantaba volvía a enfermar. A lo goloso de los niños se juntaba en ella el hambre. Miraba el pan con tristeza, pero no se atrevía a comérselo, apenas a desmoronarlo, y se saboreaba.

—Vea, mamá, me dio Faustinita. Pero yo se lo doy a usted. Ni a mí ni a las muchachas nos da. ¿No le parece muy lindo el clavel? Está mil veces más lindo que los de misía Pastora. Y lo que güele. Cómase el pan y vamos a ponérselo a Santa Ana.

¡Con qué cuidado tronchó la flor! Esa mañana olvidó contar los botones, muchos de los cuales mostraban ya la encarnada entraña.

Como un rayo de luna sobre tristes ruinas quedó el clavel sobre el ahumado cuadro.

De hinojos las dos, las manos entrelazadas sobre el pecho y la mirada suplicante, rezan fervorosas:

—“Santa Ana de Dios amada y de todos alegría”.

—“Sed siempre nuestra abogada, pues sos madre de María...”.

La madre se levantó convencida de que Santa Ana no desoiría a su hija, y esta de que le haría el milagro.

De un salto se pone Sol en la cama, y besando la borrosa imagen, le sopla lisonjera:

—Estás muy hermosa con ese clavel. Toditicos son tuyos. Pero ya sabés...

Qué remedio, volver al trajín, para eso la habían soltado de la escuela.

Clava la niña en el calabazo una mirada reveladora de profunda repugnancia. ¡Ella en la escuela, con amigas, y cargando aguamajas! Pero la buena de la imaginación le ayuda a llevar la carga soplándola con su soñador aleteo.

A su mamá y a la muñeca les contaba lo que soñaba dormida.

Soñaba estar en los exámenes hecha un brazo de mar, el salón colgado de dibujos y primorosas obras de mano; ella era examinada y contestaba a todo con voz firme y sin vacilaciones.

—¿Por qué será —preguntaba a la madre— que dormida se tantas cosas, y después, por más que brego, no puedo acordarme?

—Eso es el ángel de la guarda que se las enseña, m'hija.

Y a la muñeca le confiaba el gran secreto:

—El doctor Jorge estaba allá, se reía con mí y me dijo que estaba muy bonita y muy sabida.

¡El regocijo de la niña el día que se encontró una moneda!

—La vi relampaguciar, mamá, sobre una piedrita. Santa Ana que me la puso allí para que yo recoja pa mi camisón.

—Eso no, hija; lo que uno se encuentra se lo debe llevar al señor cura. A las niñas que no lo hacen se les aparta el ángel de la guarda. Vaya llévesela y dígale que usted se la encontró.

Y regresó feliz: el señor cura le había dicho —musitó al oído de la señora para que Eulalia no se percibiera— que le llevara la moneda a su mamá, y que no tuviera escrúpulos.

La niña se complacía en comunicar, que ella se había encontrado una moneda de cinco pesos; que ya estaba en la escuela; que en diciembre haría la primera comunión; que tenía una mata de clavel que echaba las flores más lindas del mundo y más “güelerosas”. Muchos la felicitaban, prometiéndole regalo para el gran día.

—Mamacita —le repetía a doña Dolores— si viera todos los regalos que me van a hacer el día de mi primera comunión (y contaba en los dedos). Don Salvador, mi muñeca, uno; doña Rosaura, dos; Faustinita, tres; Camila, cuatro... Un montonón así, mamá.

—¿Cuántas amanecidas faltan? ¿En qué mes estamos?

—Pues en septiembre. ¿No vio el ocho la fiesta tan linda de las Hijas de María?

—Yo ya no quiero ser Hija de María —replica desconsolada— con la señorita Tea allá...

Y volviendo al tema:

—Antós faltan octubre, noviembre y tantos días de este... ¡Virgen...! ¡Cuándo será ese cuando...!, Eso pa los del velorio, mamá.

Otra de las preocupaciones de la niña era el premio.

—Si me pelo, mamá, no me dan nada... Récele harto a Santa Ana. Pero yo no me pelo. Ve a, sé la línea reg... reg... reta y la curva, y los puntos cardinales. Ve, por allá por el alto de la manga del señor cura sale el sol, y es el Oriente, y la casa de Faustinita queda al Norte. Ella nos enseña que la tierra es redonda, mamá. (Se queda pensativa). Yo, si me preguntan digo que sí, pero yo no soy boba pa creer. En arismética sí me luzco porque sé escribir unas cantidades grandotototas, de millones y todo... Faustinita me da premios cada rato y me apunta notas buenas. No tengo ni una fallita... Ya ve todos los pesos que me ha dao de premio. Y el otro día que dijo que pusiéramos ejemplo de cosas perfumadas, yo levanté el dedo y dije: "el clavel de mi casa". Faustinita se rio y me dijo: Ah linda... Mamá, yo quiero mucho a Faustinita, iiiii...; la quiero como de aquí al cielo... Faustinita le había dicho muchas veces: "Te has lucido mucho hoy, camína vamos a tomar el algo a casa". A trueque de una costura, le dijo un día: "tienes manos de ángel, tóma estos cinco pesos, para que compres confites, pero no te los vayas a comer de una asentada, porque te hacen daño".

—Y yo se los di a usted, mamá, apuesto diaque ya no se acuerda.

—Cómo no, hija, si por esos cinco pesos comimos algo ese día.

—Si no tuviéramos que comer, mamá, ya había compra yo mi muselina, y tal vez me habría sobrao pa unas boticas.

Y la señora que veía en las atenciones de la maestra a Sol un medio delicado de socorrerla, solía exclamar:

—A Faustinita se la va a llevar mi Dios con trapitos y todo.

La maestra por su lado, haciéndose lenguas de su nueva discípula: que prometía mucho; que en lo inteligente nadie le ponía el pie adelante; que su aprovechamiento prodigioso era prueba de no andar errados los que opinan que antes de los diez años no deben mandarse los niños a la escuela.

—Me voy a lucir con Sol en los exámenes, allá lo verán, pues todos saben que entró hecha un animalito ahora el primero de agosto...

Es tan suave esa niña, tan buena, que yo misma tengo que agradecerle. Las niñas se encantan oyéndole contar el cuento de María Estrellita. Lo cuenta tan querida que yo no me encanto menos. Me he aprovechado de él para corregir a las tremendas y desaplicadas. Y créanmelo que he conseguido mucho. La amenaza de que les puede salir un cacho en la frente las aterra. Decir alguna que no cree en María Cachona es motivo de escándalo y de queja.

Y hablaba de beca: los servicios de don Pedro al municipio; doña Dolores, que cuando la fortuna le sonreía, era la madre de los pobres y bondadosa como ninguna, el lustre de la familia, la miseria en que había venido a parar, las cualidades de la niña, todo la hacía acreedora, más que ninguna otra, a ese beneficio.

—Hay que mover cielo y tierra —le repetía a doña Dolores—. El señor cura, el inspector local, don Salvador, todos se interesarán.

Así la maestra llevaba al atribulado ánimo de la viuda la dulce esperanza de mejores días.

Doña Dolores acariciando aquella idea: ¡Sol de maestra! Por poco que fuera el sueldo, sería para ella el hallazgo de un tesoro; ya podía morirse tranquila sin pensar que dejaba a sus pobres hijas sin amparo... “Santa Ana de mi vida, vos sabrés”.

Otro de los temas de la niña era su traje.

—Ah bueno, mamacita, si Santa Ana la socorriera ligero pa que me comprara mi traje. Es que me reviento mamá... Tal vez si usted vendiera el marrano.

—Allá verá m'hija, cómo el día menos pensado; si Santa Ana no es interesada.

A mí ya me hizo dos milagros: usted no me pegó cuando quebré la sopera, y me dentro a la escuela. Si me mandara ligero mi camión hasta me la comía de alegre... Y tal vez blanco será mejor, mamá, que me sirve pa todo, pa la primera comunión y pa ir a los esámenes.

—Blanco no se lo dejo hacer —contestaba la señora como si se tratara de cosa hecha— encubridorcito, m'hija, le queda muy bonito... Si usted es pobre.

—¿Pero botas sí no hay ni bamba; nó?

—¿Usted está loca?

Ya iban andando los idus de octubre. Sol sale de la escuela y se dirige a su casa a más correr, llevando un pequeño lío.

—¡Mi traje! —grita en llegando—! ¡mi traje que me dio Faustinita! ¡Véanlo... más lindo!

Tanta era la locura que en la casa temieron que el vino hubiera vuelto a hacer de las suyas.

La maestra que sabía de los anhelos de la niña, le dio el traje de los que el municipio destina a escolares pobres; pero se lo ocultó, diciéndole que era el premio debido a su formalidad.

La niña no se cansaba de admirar la humilde tela, la contemplaba de cerca y de lejos, la desdoblaba, la olía, asegura no desteñir. Por fin se realizaba ese deseo, traje nuevo, de ella, sin que otro lo hubiera lucido, sin que nadie se lo enrostrara ni le hiciera chacota... y color de crema con flores de lila... Doña Pastora se lo cortaría, la niña le pagaría en mandados. ¡Cómo iba a cuidarlo! Lo guardaría en el baúl de su mamá.

En el apartamento del muñequero le preguntaba a la muñeca: “¿Qué irá a decir el doctor? querida”.

Tratando en balde de esconder su alegría, suplica a la modista que se lo corte. La modista exige en pago muchos mandados, muchos viajes de tierra, de esa en que Sol había sembrado el clavel, que la señora aunque a su pesar declaraba que el de la niña había florecido más hermoso. ¡Qué iba a regatear la inocente criatura!

Indicando con timidez un figurín se atreve esta a insinuar.

—Vea, mi sia Pastora, así como este tan bonito.

—Bonita quedabas, descalza y tan flacucha —vocifera la desabrida modista— con esos pliegues... ¡y tampoco hay tela!

La niña no insiste. Cortado por la señora, de cualquier modo le quedaría bien. Y siempre buscando pretexto para ir a ver si ya la modista le había puesto mano. Y la agriada señora indiferente a aquellas ansias; que mañana; que ese otro día; que no había afán. Y Sol, en el potro de la paciencia.

La niña no podía concebir ese traje sin banda. La pícara de la imaginación, siempre cual diablillo tentador, reproduciéndoselo con aquella cinta anudada a la cintura, y aquellas colas medidas por el viento.

¿Qué podría dar ella por esa banda?

Una mañana el clavel amaneció como un ramillete de encendidas flores bordado de gotas de rocío que tiritaban y caían.

¡Tantos claveles...! Santa Ana iba a encantarse. Y los claveles se marchitaron, y los pétalos se desgranaron mustios cual lágrimas de virgen engañada. Abrieron otros y otros, y aquella banda escarabajando en la quimérica imaginación de la criatura.

Para mayor tormento, un buhonero se le atraviesa en su camino. Entre la mar de chucherías, la soñada cinta a veinte pesos vara. Sol no puede aguantarse.

—El le fía, mamacita querida, díglele y verá. El se la fía hasta que venda el marrano.

Tanto suplicó la niña, tan vehemente era la expresión de su deseo, que el checherrero (26) hizo causa común con ella para obligar a doña Dolores a contraer la deuda. La resistencia de esta era prueba de honradez, y el cochino, buena finca.

Al amor de madre se unía en doña Dolores, allá en lontananza, la visión de la futura maestra. Sol iba a ser el apoyo de su vejez, el amparo de sus hijas... Imposible resistir.

La niña envuelve y desenvuelve aquella cinta. ¡Aquellos visos, aquel fugaz relampagueo iba ella a lucirlos! La mira y remira, así como el poeta lee y relea la estrofa que suena con la armonía soñada.

La engañaifa del agua negra fue el almuerzo de Sol ese día. El hambre cual, bestia en celo, ruge al ver un muchacho —un leñador vestido de guñapos— que, sentado en la puerta de la pulpería de Bárbara, devora plátanos a mordiscos. Cintas y perendengues vuelan de la imaginación de la soñadora. Se para, se queda en pie mirando al granuja con el ojo triste del perro hambriento. El, indiferente, engulle y engulle voraz. Las doradas cáscaras esparcidas por el suelo excitan inclementes el apetito de la infeliz. Amaga recogerlas; se detiene, vacila; ¡podían verla! Siglos le parecen los instantes que el goloso tarda en retirarse. Temerosa, cual si se tratase de la ejecución de horrendo crimen, las apaña, las roe vigilante y esconde los residuos...

Ya los exámenes estaban encima, y la primera comunión les seguiría. Había que estudiar mucho, tanto, que la maestra abría la escuela una hora antes de la reglamentaria, y la niña madrugaba más que de costumbre.

Era el 2 de noviembre. Las nubes caídas sobre la tierra, la envolvían en un sudario ceniciento y la empapaba una llovizna tenaz empujada por soplos tan helados que calaban los huesos. Ni el piar de un pajarito, ni un clavel en la aterida mata. Reverentes las campanas saludaron a María, y con doble lastimero plañían la oración por los difuntos. El gotear, un gotear monótono y triste, hacía dúo al doble lastimero.

Sol, emparamada, se recoge cruzando los bracitos sobre el pecho, y suplica a su madre que no se levante. Pero doña Dolores, ya que no tenía "un medio partido por la mitad" para mandarles cantar responsos a su marido y a las almas de sus deudos, tenía que comulgar y oírse todas las misas.

Y todos en el pueblo, como doña Dolores, desafían la llovizna y las encharcadas calles para acudir a la iglesia. Ese doble lastimero era el reclamo de las almas que padecen las penas del Purgatorio. La dormida memoria de los que hicieron el misterioso viaje, despierta dulce y compasiva. Acude la multitud al banquete eucarístico, olvidada de sus propios dolores.

En el pecho, Dios, y en la mano, pasando las cuentas, el rosario, ese crucifero que es un tesoro de indulgencias... Todo por las ánimas en pena.

A la triste mañana sucede una tarde serena.

—Bendito sea Dios —se oía por todas partes— pues ya que las ánimas no tuvieron su misa en el cementerio, siquiera van a tener sus responsos.

El doble lastimero llama a la procesión. Todo viste luto: la cruz alta, el sacerdote, los monagos, la reverente multitud. Al volver de una esquina se ve el cementerio allá al pie de la falda: un cuadrado de paredes que la intemperie ennegreció; cruces, que claman esperanza; bóvedas de ladrillo, que gritan vanidad; yerbados, que dicen abandono; arbustos y flores, que cantan recuerdo; soledad y silencio, que murmuran paz.

La puerta de fúnebre enrejado con el escudo de la muerte —una calavera entre dos tibias— gira pesada y muda. Cada cual va en busca de la huesa de su cariño y ofrenda flores y reza. El rumor fervoroso de la súplica se percibe como un gemido... Y las cruces y las bóvedas desamparadas mueven a compasión... y manos caritativas las desnudan de las hebras rutilantes que enredó la araña, de los musgos y de las escamas de rizado liquen, con que el olvido, piadoso, las adornó callado y lento...

Doña Dolores perfuma la fosa de su marido con un tiesto de violetas blancas.

La niña, posando una mano en el hombro de su madre, le dice:

—Mamá, a mí lo que me trae es una mata del clavel.

Como si no la hubiese oído, la señora se ocupa en podar el olivo, que, formándole dosel, defendía a la cruz de la intemperie.

Un tominejo piando tristemente salta y revolotea alrededor de la sepultura. Sol, señalando el nido que se escondía entre el follaje del arbusto sagrado, suplica impaciente:

—Mamá, mamá, apártese, que aborrece los pichoncitos.

El tenue roce de las hojas y el piar de los polluelos anuncian el regreso de la temerosa avecilla al lado de sus hijos. La niña oye el delicado arrullo y atisba embelesada lo que pasa en el secreto del nido. Doña Dolores, persignándose, abre la ajada novena de las ánimas, esa novena que ella se sabía de memoria.

Las voces de la madre y de la hija forman en aquel coro, en aquella como canturía fervorosa, en que los vivos sirviendo de lengua a los difuntos, suplican y se quejan:

*“¡Ay de mí! Ay Dios inmenso”
¡Ay llama voraz, activa!...
Padres, hermanos, amigos,
¿Dónde está la caridad?...”*

*Hijo ingrato que paseas
Tan ricamente vestido,
Y a costa de mis sudores
Descansas en tanto olvido;
Mira a tu padre quemando
Y lo puedes remediar...”*

*Atiende y mira cristiano
Que en aqueste cementerio
Sufragios y sacrificios
Te suplican sin cesar...”*

Lastimados se oprimen los corazones, y los ojos se empapan en lágrimas.

La tarde se muere arrebujaada en neblinas. Brilla un lucero solitario con brillo de pupila lacrimosa, y la media luna, como un broche empañado. Una luz lánguida y fría, esmalta la pátina de las bóvedas; va al osario y cobija misericordiosa los huesos que allí yacen revueltos y olvidados; baja por las grietas y besa compasiva a los que allí duermen devorados por el tenaz roer de los gusanos. Fingen sombras suplicantes los devotos que no cesan de rezar, y el sacerdote, envuelto en la negra capa, donde relucen en blanco relieve el libro apocalíptico y el divino Cordero, que, alumbrado por amarillentos cirios, va cantando de tumba en tumba.

El llantear incesante de las campanas va por los aires siempre lastimero. El melocium solloza y confunde sus sollozos con las plegarias que parecen salir de las descarnadas bocas de los muertos.

Al pasar por las flores que cobijan los restos de don Pedro, don Salvador, que va a zaga del sacerdote, ve de rodillas a la madre y a la hija. El sabe de su miseria y de ese amor de la señora a la memoria de su esposo.

—Dolores —dice en voz baja, deteniéndose y dejando caer un billete en el cesto que lleva un monago— por el alma de Pedro.

Doña Dolores le da las gracias con una triste mirada.

El sacerdote y el coro, en la lengua litúrgica, cantan y lloran con Job:

“Yo se que mi Redentor está vivo; se que resucitaré del polvo de la tierra en el día último, y que de nuevo seré rodeado de mi piel; yo se que veré a mi Dios en mi propia carne...”

Kirie, eleison.

Tomando el hisopo de plata, el sacerdote ordena:

Pater noster...

Apagado murmullo arrulla a la muda sepultura, y el agua bendita la salpica.

Torna el sollozar del coro, torna, gemebunda, la salmodia del sacerdote:

“Inclina, Señor, tu oreja a nuestras preces...”

“Requiescat in pace”.

El lugar, la lúgubre escena, la fúnebre salmodia, la penumbra misteriosa, el roce frío de perezoso viento, todo aviva el fervor y sobrecoge el ánimo.

Poco a poco, despaciosamente, y musitando oraciones, se van alejando los devotos. Doña Dolores y Sol, entre los últimos. La fúnebre puerta se cierra, y vuelve al cementerio el silencio pavoroso, y vuelve la soledad... Las flores lo perfuman, lo baña la luz mortecina de la luna, que extiende y alarga sobre el hollado suelo la sombra de las cruces. Soplan, y van lentas, ráfagas heladas que hacen tiritar la fronda, fingiendo aquí susurro de oraciones y allá suspiros de almas que padecen. De cuando en cuando brilla una luciérnaga, que es para el pueblo ánima agradecida, y se oye de cuando en cuando el ominoso canto del currucutú.

Es alta noche; la luna se ha ocultado; todo yace en tinieblas; la llovizna es igual y constante. Por las solitarias calles del pueblo se oye de trecho en trecho el sonido de un esquilón, y una voz cavernosa que pide: “Un padrenuestro por las benditas ánimas del purgatorio”.

Es un hombre todo arrebujaado y alumbrado por una linterna sorda, que cumple piadoso voto.

Doña Dolores despierta a sus hijas para atender al triste reclamo, y bostezando rezan.

La cavatina de los gallos anuncia el amanecer.

Doña Dolores siente que Sol tiembla.

La niña, dando diente con diente, contesta que sí, y mucho miedo del animero, y de morirse y de que la dejen sola en el cementerio.

Al frío sucede el ardor de la calentura.

—Está que quema, anuncia doña Dolores. La gripa que está haciendo tanta leña.

La niña no atiende a lo que le dicen, y habla de muertos que se la van a llevar, de la muñeca, de la primera comunión...

—Ya está disvariando —grita la madre llevándose las manos a la cabeza— ¡qué hago yo, Dios mío!

Elena refunfuña que eso no; que se acuerden de los escalofríos que le dan a ella, de los sofocos.

El segundo día la niña amaneció sin fiebre, y quiere levantarse para ir a la escuela.

—Me apuntan falla, mamacita, y pierdo mi premio. ¡Qué dirá Faustinita!

Pero la fiebre y el delirio no tardaron en volver .

La madre, más confundida que antes, ahora pensando en el fantasma del tifo, exclama:

—Y ni para qué pensar en médico; con qué cara; si ni visitas, ni medicamentos se le han pagado nunca.

A Eulalia, contagiada de los temores de su madre, le escarabajea una mariposa negra que encontró posada en el cuadro de Santa Ana el día de difuntos. Recuerda haberle oído contar a su mamá que la muerte de doña María del Pilar había sido anunciada por un animalito de esa especie...

El doctor, mandado por doña Rosaura, fue.

Sol, cual un gatito manso, se prestó al minucioso examen, que fue para ella deleitosa caricia.

El muñequero y la banda fueron trasladados a la cama de la enfermita, por antojo de esta. Y la muñeca oyó la amistosa confidencia: el doctor le dijo china hermosa, le puso la cabeza en el pecho y en la espalda, la pulsó, le abrió los ojos, le posó el dedo en la lengua, y tan cariñoso que le mandó respirar ligero, con fuerza y que contara hasta diez. Si le hubiera mandado contar más, ella que sabía escribir millones y trillones...

La muñeca tuvo la promesa de un pedacito de la cinta para que se engalanara, y oyó la sentencia fatal, sin inmutarse, como el fanático mahometano que sabe que su sino se cumple:

—Cuando don Salvador me de mi muñeca, usted va a ser la dentro-dera, aoye.

—Hay mucho qué hacerle —dijo el médico después del examen.

Y pensó: “Neumonía en la cima del pulmón en una niña tan débil...”

El corazón de la madre leyó el peligro al través de la impassibilidad profesional, y de rodillas al pie del cuadro de Santa Ana se la entregó a Dios.

La noche del sábado, quinto de la enfermedad, por no tener tareas al día siguiente, la maestra veló al lado de su querida discípula. Con su aristocrática mano y amorosa delicadeza, llevaba a los tostados labios de la niña un clavel empapado en agua de lluvia; la acariciaba llamándola María Estrellita y hablándole de los exámenes, del premio, de sus arreos, de la primera comunión. La niña que parecía un escuerzo, oprimida, las mejillas teñidas de ligeros arreboses, fijaba en su ángel bueno una mirada intensa, esa mirada angustiosa de la asfixia, tratando de sonreír.

Se oye allí lejos la voz del esquilón y la cavernosa del devoto. La niña busca la mano de su dulce enfermera.

—Se está enfriando, cuchichea esta al oído de doña Dolores. La cabeza le arde, pero los pies y las manos están yertos. Se le va el pulso y le vuelve muy irregular; muy despacioso a ratos y como loco después... Señora, es un ángel que el cielo reclama, tartamudea bañada en lágrimas.

La madre se levanta, secos los ojos, pálida, serena, espectral. Por un instante clava la mirada en su hija, la bendice muda y muda se inclina. La niña siente que la besan en silencio, y percibe que le dicen quedo, muy quedo: "Hasta luego, hija de mi alma...".

De repente la enfermita se incorpora, anhelante. Ese anhelar angustioso va apagándose... apagándose... se apaga... Ciérranse los lívidos y entreabiertos labios; caen los párpados; dos lágrimas temblorosas se enredan en las pestañas, así como en las alegres mañanas las gotas de rocío en los estambres de las flores.

Duerme con una placidez...

Ya le vistieron la bata color de crema y le ciñeron la banda color de lila, la coronaron de flores. Era una nube de tules la caja que le mandó el doctor, donde la acostaron rígida. El sepulturero cavó un hoyo muy negro que la recibió en su seno, y la cobijó con paladas de tierra que sonaban lúgubres.

La dejaron sola.

Al pie de su pobre crucecita, allá cabe la fosa de su padre, se renueva un clavel encarnado que se salpica de rocío, que regala a las brisas su perfume y al tominejo dulce miel...

Santo Domingo (Antioquia - Colombia).

NOTAS MARGINALES

(1) **Jullera** por orgullosa, presumida.

(2) **Balance**. Con este castizo vocablo el pueblo expresa el resultado de las pequeñas industrias o negocios caseros con que se ayuda a la vida.

(3) **Josefinas**. Robledo, ob. cit. dice: Así llaman en Antioquia y Caldas una orquídea de la tribu encidieas, cuyo labillo está firmemente unido al pie de la columna. Pertenece al género *miltonia*.

(4) **Ño, ña**. "...a don se le contrapone ño, no para significar falta de decencia ni aún de buena sangre, sino de haberes y de posición social y política. De ahí la gran verdad de los refranes castellanos: Mal suena el don sin el din, y mal se aviene el don con el Turuleque, o de aquella cuarteta burlesca: Vuesto don, señor hidalgo, / es el don del algodón, / que para tener el don / necesita tener algo". Uribe U., ob. cit. Eso es muy cierto: el pueblo no rechaza el Ño de plano: Yo soy Alejandro Vargas / el hiju'e Ño Rafael, / y si el mundo se cayere / lo dueblo y lo'echo al carriel, reza una copilla de nuestro archivo.

(5) **Hacer fieros**. Equivale a provocar.

(6) **Güevochimbo** por huevo chimbo, una especie de dulce.

(7) **Mama, papa**. Es capricho muy de este pueblo pronunciar como graves estos dos sustantivos. La gente granada nombra a sus genitores en la forma aguda, papá, mamá, siguiendo la moda francesa, introducida a España en el siglo XVII, y distingue con la grave y como muestra campechana y afectuosa, a los abuelos. A los nietos de un matrimonio patriarcal de nuestra tierra les oíamos cantar: Mi mama Goya / mi papa Millo: / l'oyet'e cobre / y el bolinillo.

(8) **La húngara**, elipsis de una que llamaban pomada húngara, usada antes por los petimetres y soliterones para darle una cierta rigidez a sus bigotes kaiserianos.

(9) **Salir de Guatemala para entrar en Guatepior**. Expresión muy común, para indicar que de malo sigue peor, como se ve a cada paso de nuestra infortunada vida civil. "Y mientras más peor más mejor, mi don", dice socarronamente este pueblo que, no creyendo que las calamidades presentes se curen con la vieja fórmula de los "pelos del mismo perro", se burla donosamente de sus conductores, de sus remedios y hasta de sí mismo.

(10) **Calabazo**, "bacía seca y hueca de la misma pepónida de que se hacen las cuyabras, con un orificio en el extremo de la parte delgada, para conservar ordinariamente agua, leche, chicha o miel. También las excrecencias". R. Jaramillo, ob. cit.

Es del mismo autor este fragmento de sus *Monog. bot.*: **Calabazo o totumo**. *Crescentia cucurbitina* Linn. Sus frutos o pepónides, de pericarpio duro, grueso y leñoso, de formas variables y hasta de cincuenta centímetros de diámetro, sazonados, secos y vacíos aprovechan las gentes campesinas para hacer tres clases de vasiijas: **calabazos**, abriendo una pequeña boca en la parte superior, lo que les da el aspecto de frascos o botellas; serrándolos de arriba abajo en dos partes, llamadas **cuyabras**, o bien suprimiendo gran parte del cuello para utilizarlos como sementeros o **catabros**".

(11) **Nutir** es un expresivo provincialismo, equivalente a refunfuno, rezongo, gruñido. Es una protesta a boca cerrada, muy peculiar del conglomerado altanerote que —in illo tempore— cuando no había quebrado en él su gran carácter, también solía articular de esta manera: "¡Silencio murió en Pasto!"

(12) **Mi sía**. Contracción que hace el pueblo del título o tratamiento de Mi Señora. Empleola con frecuencia Carrasquilla. (*Obras*, págs. 216, 218, 222, 223, etc.).

Mgr. Ricardo Carrasquilla acepta "anteponer el título de Mi Sía al nombre de las damas.

(13) **Pizingaña**, juego infantil que en España llaman pizpirigaña.

(14) **Pila**. Término castizo que el diccionario define como recipiente donde cae el agua y que entre nosotros se entiende por fuente pública. Toro y Gisbert lo trae con esta última acepción. El picante autor del *Cancionero*, para ponderar el escaso conocimiento que los antioqueños teníamos del mar, decía que, por haber vivido siempre en una región mediterránea, "nos mareábamos viendo la pila del agua bendita". A propósito, Restrepo, en su delirio porque Antioquia tuviese su salida al mar de Balboa, "para aprender a montar en barcos, que hablan todas las lenguas", incorporó en su estupendo *Cancionero*, como propaganda a tal idea, varias coplas de su numen, pero adobadas con la pura sal de Guaca, cuidándose de advertirlo, quizá porque las populares se distinguen por el oro, como afirma Rodríguez Marín. Va aquí este par de muestra: Tus ojos son dos Dabeibas, / tu boquita un Pipintá / y tu cintura un Darién / con el Golfo de Urabá. N^o 13 — Antioqueño valeroso: Si quieres que yo te quiera / dame un piquito con lengua / y haceme la carretera. N^o 221.

(15) **Nutir**. Ver nota (11).

(16) **Pava**. Es un ave gallinácea muy codiciada por los cazadores, pero aquí el autor la emplea por sombrero de copa baja y plana y de anchas alas.

(17) **Sietecueros**. Un arbusto común en nuestras tierras frías, cuyo nombre afirman que le viene de mudar frecuentemente la epidermis, como les ocurre a los politicastroes en este país. Epifanio dice en su filigrana titulada *Las flores de mi selva*: **Sietecueros** y uvitos / amarrabollos / de botones y flores / visten sus copos / de rama en rama / los cupidos del aire / vuelan libando. Y el eximio autor del *Cancionero*, que nunca despreció coyuntura para servirse de lo autóctono y realizar lo de la tierra, escribe así: "De ese alto (de Santa Elena) consagrado se avanza hacia Oriente por medio de arrayanes, mortijos, carrizales y **sietecueros**, flor de mayo que allá no decimos, y al trecho de dos leguas o poco más, se deja contemplar el valle risueño donde son Rionegro, La Ceja y Marinilla". *Gente maicera*, pág. 204.

Cuero es, entre nosotros, término muy despectivo y cuerada, según el sentir de Gonzalo Cadavid Uribe (*Oyendo conversar al pueblo*) equivale a "mala acción, chanada, traición, infidelia jugada a otro". Pues bien: administrábamos nosotros la revista **Helechos**, de cuyo cuerpo de redacción, integrado por ocho intelectuales, se separó el inolvidable Tobías Jiménez para ocupar una judicatura en el Tolima y una vez que le reclamamos al poeta su colaboración para ella, amargado porque sus compañeros no lo despidieron ni con un simple suelto, nos contestó con esta indirecta del Padre Cobos: Tiene la revista **Helechos** / que publican en Sonsón, / un florido **sietecueros** / por cuerpo de redacción.

(18) **China**. Puro bogotanism, por niña. Isaza en su **Gram.**, dice: "China. En quichua, china, sin masculino, significa "criada, moza de servicio"; no son propios los dos significados de cariño y de desprecio que tan comunmente se le dan en Bogotá".

(19) **Añaje**. Uno de los pocos pero expresivos vocablos vernáculos de la obra, el cual denota el aspecto exterior de las personas. Quizás equivale al "empaque" tan celebrado por Suárez. (**Sueños**, III, 240). Carrasquilla lo empleó en sus epístolas y siempre al reproducir la jerga popular. Que los señores académicos tomen nota, pues todo esto contribuye a aclarar y probar la tesis de que el regionalismo de los escritores nuestros no suele ser tal regionalismo, sino puro casticismo e ignorancia de parte de muchos lectores.

(20) **Sobrado**: desecho, desperdicio.

(21) **Sinsonte**. Según Robledo, (ob. cit.) es en Antioquia un pájaro del grupo de los túrdidos, que emite el silbido del hombre y de los animales.

(22) **Kola**. Bebida gaseosa aun en uso. Este barbarismo que presenta el cambio de la **c** por la **k** persiste porque los productores estiman quizá decisivo para su negocio este prurito extranjerizante, aunque los mismos competidores lo archivaron: coca-cola.

(23) **Cargueras** por niñeras.

(24) **Gusano Santamaría**. Larva de insecto lepidóptero. Robledo, ob. cit.

(25) **Media mañana**, ligera refacción que suele tomarse entre el desayuno y el almuerzo y que, en algunas partes, como el Tolima, llaman mediasnueves y en los pueblos del oriente antioqueño el **preparo**, refrigerio que casi siempre comporta algo más sustancioso que el almuerzo mismo, servido entre las 11 y las 12.

(26) **Checherero**. Es otro de los contados provincialismos que figuran en la obra, y el cual equivale a buhonero, vendedor ambulante de cosas menudas.